

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	13
<i>Introducción. LAS PREGUNTAS DE LA HISTORIA ECONÓMICA</i>	17
1. El éxito económico de <i>homo sapiens</i>	19
2. Plan de la asignatura	23
3. El papel de Europa	28
4. Las enseñanzas de la historia	32
<i>Tema 1. HISTORIA ECONÓMICA Y DESARROLLO ECONÓMICO</i>	39
1. Población y energía disponible: una visión de muy largo plazo	41
2. Nociones de demografía: la dinámica población-recursos	51
2.1. Crecimiento de la población	54
2.2. Crecimiento de la producción	58
2.3. La trampa maltusiana	59
2.4. Regímenes demográficos y transición demográfica	60
3. Crecimiento económico y otras nociones básicas	63
4. Los factores del desarrollo: el papel de la innovación y las instituciones .	76
5. Sociedades humanas y sistemas económicos	84
<i>Tema 2. LA INVENCION DE LA AGRICULTURA Y LAS SOCIEDADES DE LA ANTIGÜEDAD (c. 10 000 adE-c. 450 dE)</i>	91
1. Antes de la agricultura	93
2. La domesticación de plantas y animales ¿cómo, cuándo, dónde y por qué?	95
3. El desarrollo de civilizaciones hidráulicas y sociedades complejas	106
4. Tres modelos de desarrollo de la economía en la Antigüedad: civilizaciones comerciales, pueblos nómadas e imperios territoriales en el primer milenio adE	110
4.1. Roma	115
4.2. Imperio Han en China	120
5. Civilización y barbarie en el mundo antiguo	122

Tema 3. LA EDAD MEDIA: LAS BASES	
DE LA EXPANSIÓN EUROPEA (c. 450-c. 1450)	129
1. El mundo antes del año mil: la divergencia oriental	131
1.1. Progreso y expansión musulmana	132
1.2. La China de los Tang (618-907)	134
1.3. La consolidación del feudalismo en Europa (siglos V-X)	137
2. La expansión tras el año mil (siglos XI-XIII)	143
2.1. La expansión europea cristiana. Rasgos principales	143
2.2. La repoblación en la península ibérica	150
2.3. La expansión económica en China durante la dinastía Song (960-1279)	154
2.4. La construcción de una red mercantil integrada en el siglo XIII a escala mundial y el auge de los mongoles	155
3. Las condiciones de la crisis mundial del siglo XIV	157
3.1. La crisis bajomedieval en la península ibérica	162
 Tema 4. EXPANSIÓN Y CRISIS EN LA EUROPA MODERNA (c. 1450-c. 1650)	167
1. Todos los mundos, el Mundo	169
2. Guerra estado y capitalismo	175
3. Armas y gérmenes en América (y África)	187
4. Asia y Europa en la expansión del siglo XVI	194
5. La crisis del siglo XVII y la divergencia europea	209
6. El crecimiento del comercio de ultramar	213
7. La transición al capitalismo	218
 Tema 5. EL MUNDO EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN	
INDUSTRIAL (c. 1650–c. 1780)	225
1. El mundo al borde de la gran transformación	227
2. Crecimiento demográfico y crecimiento agrario	230
3. Población e industria. La protoindustrialización europea	236
4. El comercio mundial	242
4.1. Economía atlántica y comercio triangular: plantaciones y esclavismo	245
4.2. Los cambios en el comercio asiático	249
5. En torno a los niveles de vida: revolución del consumo y revolución industrial	252
6. La tesis de la Gran Divergencia ¿Por qué Inglaterra y no China?	255
7. La evolución económica de España durante el siglo XVIII	259

<i>Tema 6. LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y EL CRECIMIENTO ECONÓMICO MODERNO ..</i>	267
1. El qué, el dónde, el cuándo y el cómo de la Revolución Industrial	269
2. Los porqués ¿qué tenía Gran Bretaña de especial?	279
3. El nacimiento de la nueva industria en Gran Bretaña	281
3.1. El textil algodónero	281
3.2. La siderurgia	286
3.3. La máquina de vapor	288
3.4. La fábrica	290
4. Industrialización sin mecanización: sectores «tradicionales»	291
4.1. Agricultura	292
4.2. Las manufacturas tradicionales	294
4.3. Urbanización	296
5. Factores clave: factores productivos, instituciones y tecnología	298
5.1. Factores productivos	298
5.2. Las instituciones: propiedad, Estado y mercados	305
5.3. Los mecanismos de la innovación técnica	308
6. Empresarios y trabajadores (burgueses y proletarios)	311
7. La nueva economía de base fósil	319
 <i>Tema 7. LA DIFUSIÓN DE LA INDUSTRIALIZACIÓN (c. 1815-c. 1913).....</i>	 325
1. Tras los pasos de Albión	327
2. Los países seguidores	329
2.1. Bélgica, el primer seguidor	329
2.2. Francia, la excepción a las reglas	331
2.3. Alemania: un largo proceso de industrialización	337
2.4. La industrialización temprana fuera de Europa: Estados Unidos	347
3. Los atrasados en la industrialización	353
3.1. La periferia europea	353
3.2. El crecimiento económico en Rusia durante el siglo XIX	358
3.3. El atraso español	361
3.4. El pionero asiático: Japón	370
4. La industrialización y el triunfo del librecambio. La supremacía británica	375
5. El mundo tras la industrialización	379

Tema 8. SEGUNDA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y PRIMERA GLOBALIZACIÓN (c. 1870-1914)	385
1. La segunda industrialización	388
1.1. La base científica del cambio tecnológico	389
1.2. El nuevo papel del capital humano	389
1.3. La revolución de los transportes y las comunicaciones: la vuelta al mundo en ochenta días	390
1.4. La renovación de la industria pesada: siderurgia, química, eléctrica ..	395
1.5. Del carbón al petróleo	396
1.6. La aportación del marco institucional	396
2. La internacionalización de la economía: avances en la integración de mercados y movilidad de factores	400
2.1. El desarrollo y transformaciones del comercio internacional	400
2.2. Los flujos migratorios: dimensiones y efectos sobre la distribución de la renta	404
2.3. Integración de los mercados de capital	406
3. La «Gran Depresión» y el nacionalismo económico	408
3.1. Reacciones: el nuevo papel de los estados	409
4. La economía española de la Restauración a la Primera Guerra Mundial ...	417
4.1. La evolución económica y la depresión finisecular	417
4.2. Proteccionismo agrario y proteccionismo industrial	418
4.3. La pérdida de las colonias y la hacienda pública.....	419
4.4. El auge de principios del siglo XX y el arranque de la segunda Revolución Industrial.....	420
4.5. Balance del periodo	422
Tema 9. LA ECONOMÍA MUNDIAL EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS (1914-1945)	427
1. El mundo entre guerras	429
2. La Primera Guerra Mundial (1914-1918)	430
2.1. Causas económicas y políticas	430
2.2. La Gran Guerra (1914-1918).....	433
2.3. Efectos de la guerra en la economía mundial	434
2.4. La revolución soviética en Rusia	436
3. Las consecuencias económicas de la paz. Inestabilidad y nuevos problemas (1919-1923)	437
4. La recuperación de la economía mundial (1924-1929)	442
5. Crisis y depresión (1929-1933).....	446

6. La salida de la depresión. Las políticas de recuperación (1933-1939)	451
7. El ascenso de Stalin en la URSS. Fin de la NEP y comienzo de la planificación	454
8. De nuevo la guerra (1939-1945)	456
9. La evolución de la economía española (1914-1945)	457
9.1. De la guerra mundial a la guerra civil (1914-1936)	458
9.2. La Guerra Civil y la posguerra (1936-1945)	461
 <i>Tema 10. LA EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA MUNDIAL TRAS LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1945-1991)</i>	 465
1. Medio siglo de crecimiento	468
2. Los años de la reconstrucción (1945-1950)	471
2.1. Los cimientos del nuevo orden económico (1941-1944)	471
2.2. La reconstrucción tras la Segunda Guerra Mundial	474
2.3. La influencia soviética en la Europa del Este	477
2.4. España en los años de la autarquía	479
3. Expansión y crecimiento de la economía mundial (1950-1973)	482
3.1. Factores explicativos del crecimiento	482
3.2. La integración económica en Europa	487
3.3. Las economías de planificación centralizada	488
3.4. El despertar del Tercer Mundo	491
3.5. España, de la autarquía a la industrialización (1950-1973)	497
4. Años turbulentos: inestabilidad cambiaria y crisis energética (1971-1979) ..	501
4.1. Primeros síntomas de agotamiento de la expansión	502
4.2. La subida del precio del petróleo y la crisis energética	504
5. La salida de la crisis: bases para la recuperación	509
5.1. Bases para la recuperación: el giro de las políticas económicas	509
5.2. El hundimiento de las economías socialistas a fines de los ochenta ...	510
5.3. El despegue de los «tigres asiáticos» y China	512
5.4. España: crisis económica y transición política (1975-1991)	512
6. ¿Fin de la historia?	517

TEMA 4

EXPANSIÓN Y CRISIS EN LA EUROPA MODERNA (c. 1450-c. 1650)

Sumario

1. Todos los mundos, el Mundo
2. Guerra, Estado y capitalismo
3. Armas y gérmenes en América (y África)
4. Asia y Europa en la expansión del siglo XVI
5. La crisis del siglo XVII y la divergencia europea
6. El crecimiento del comercio de ultramar
7. La transición al capitalismo

Resultados de aprendizaje

Pretendemos que el estudio de este tema enseñe a:

1. Describir las transformaciones de Europa en este periodo: expansión por el globo, nacimiento de estados nacionales, nacimiento del capitalismo, secularización del conocimiento y la técnica.
2. Comparar con la situación de China y la India, y explicar los flujos de metales-mercancías entre Asia y Europa en el periodo.
3. Caracterizar la influencia de los estados nacionales en la economía, a través de la guerra, la fiscalidad y la creación de un marco institucional estable.
4. Definir el concepto de mercantilismo y describir los elementos comunes de las políticas mercantilistas.
5. Identificar los factores que contribuyen a la fase de expansión general en Europa en los siglos XV y XVI, y la crisis del siglo XVII.
6. Describir las distintas respuestas a la crisis del siglo XVII como factor de divergencia entre las economías europeas.
7. Identificar la orientación de las economías (especialmente la agricultura) hacia los mercados como el factor clave de esta divergencia.
8. Explicar las principales innovaciones en el comercio internacional: nuevas rutas, nuevos productos, nuevos tipos de empresa.
9. Identificar los nombres de distintos autores con explicaciones de los cambios en este periodo: Marx y el ascenso del capitalismo, Weber y el espíritu del capitalismo, North y el cambio institucional, Jones y el milagro europeo.

Algunas preguntas iniciales

- ¿Se ha planteado alguna vez por qué son las naciones europeas (y las colonias pobladas mayoritariamente por europeos) las que han dominado la economía mundial en los dos últimos siglos?
- ¿Fueron los caballos los que ayudaron a los españoles a conquistar América o hubo otras especies más importantes?
- Si Europa era ya más rica en la Edad Moderna ¿por qué el dinero del mundo acababa recalando en Asia?
- ¿Qué tiene que ver el tipo de Estado con la economía?
- El mundo de la Edad Moderna ¿era ya capitalista? ¿Y Europa?
- ¿Qué pintan las guerras en «el ascenso de Occidente»?
- ¿Qué es eso que llamamos capitalismo comercial?
- ¿Por qué eran los europeos los que traían especias de Asia, y no los propios asiáticos quienes las traían a los mercados europeos?
- ¿Cuáles fueron los grandes avances tecnológicos de la Edad Moderna?
- ¿Tiene todo esto alguna importancia para entender el mundo de hoy?

1. TODOS LOS MUNDOS, EL MUNDO

¿Cuándo acaba la Edad Media y empieza la Edad Moderna? Por convención suele fecharse en 1453 con la conquista de Constantinopla por los otomanos, y con ella el fin del Imperio bizantino, sucesor del Imperio romano. Otros historiadores, sin embargo, prefieren situar esa cesura en el primer viaje de Colón en 1492. Con todo, no parece que ese corte Edad

Media-Edad Moderna tenga mucho sentido fuera de Europa, e incluso aquí tampoco está tan claro. No hay grandes saltos en energía disponible, no se descubren nuevos convertidores, ni grandes innovaciones tecnológicas, la población crece apenas al ritmo habitual de las economías preindustriales.

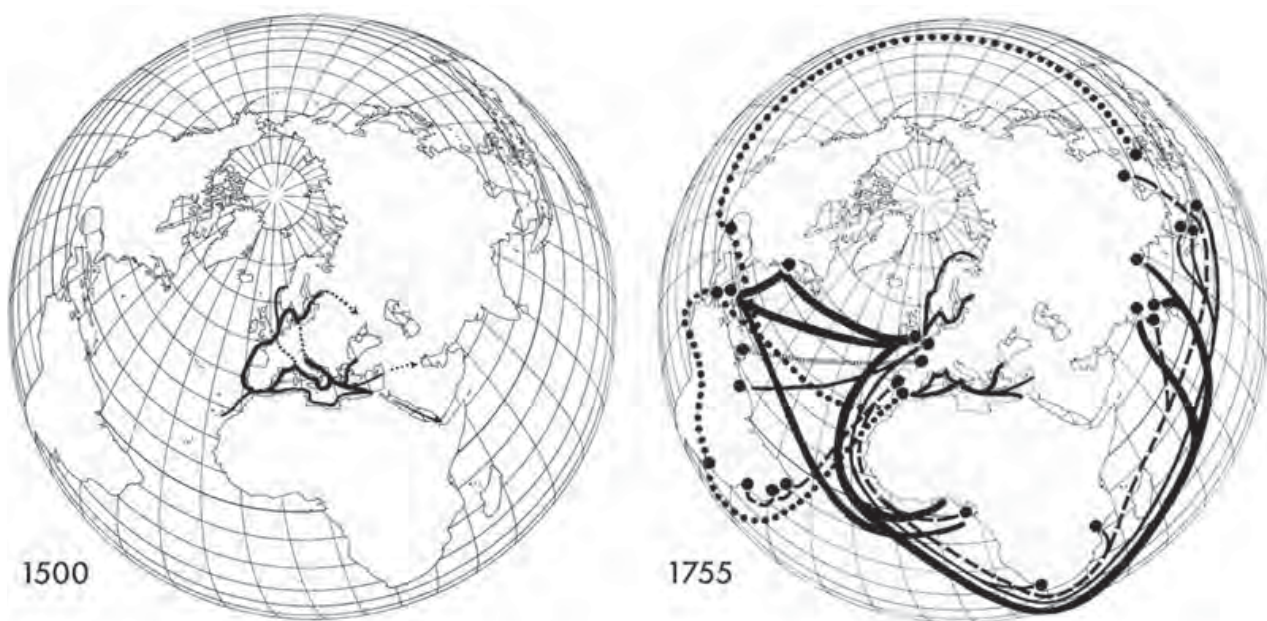
Sin embargo, la economía mundial comienza a sufrir una importante transformación y Europa ascenderá al papel protagonista. Un vistazo a los mapas que concibió el gran historiador francés Fernand Braudel (mapa 4.1) permite hacerse idea de cómo había cambiado el mundo en los dos siglos y medio que van de 1500 a 1750. La Europa feudal era apenas un apéndice lejano y mal conectado de los grandes ejes del comercio asiático (mapa 3.7). Hacia 1500, sin embargo, Europa ya se había embarcado, de la mano de los navegantes de la península ibérica, en rutas de largo recorrido y en el Mediterráneo los italianos (venecianos y genoveses, sobre todo) afianzaban su presencia frente al poder emergente de los otomanos.

Hacia 1750 la situación era del todo distinta. Se había multiplicado el volumen de los tráficos hasta constituir una red comercial que alcanzaba las economías de los cinco continentes aunque aún no las integraba, faltaba mucho para eso. Sobre todo, había cambiado el papel de Europa, que había dejado de ser una región periférica para colocarse en el centro de los flujos, convertida en el gran nodo del comercio mundial.

El mapa de Braudel presenta sin embargo dos carencias. En primer lugar, no recoge los tráficos internos —por tierra o cabotaje— en el seno de cada uno de los continentes. Tanto en Europa como en Asia, estos se habían hecho más densos y regulares. Pero sobre todo, el mapa ignora qué circulaba, de dónde y hacia dónde, y cuál era la dirección del dinero. En este sentido el mapa 4.2 nos ofrece una visión más completa.

Básicamente, Europa actuaba como intermediaria en unos casos y como explotadora en otros. Siempre por la misma razón: apenas producía nada que demandaran otros continentes. De América venía la plata, extraída de las minas de las posesiones españolas gracias al trabajo forzado de los indígenas. Llegaba a Europa a través de Sevilla —la parte legal— o directamente a Ámsterdam lo que los piratas y comerciantes ingleses u holandeses lograban captar, que era mucho. También, ya en 1750, arribaban a los puertos europeos cantidades crecientes de productos coloniales: azúcar y ron de las Antillas, algodón y tabaco de Norteamérica, cacao de

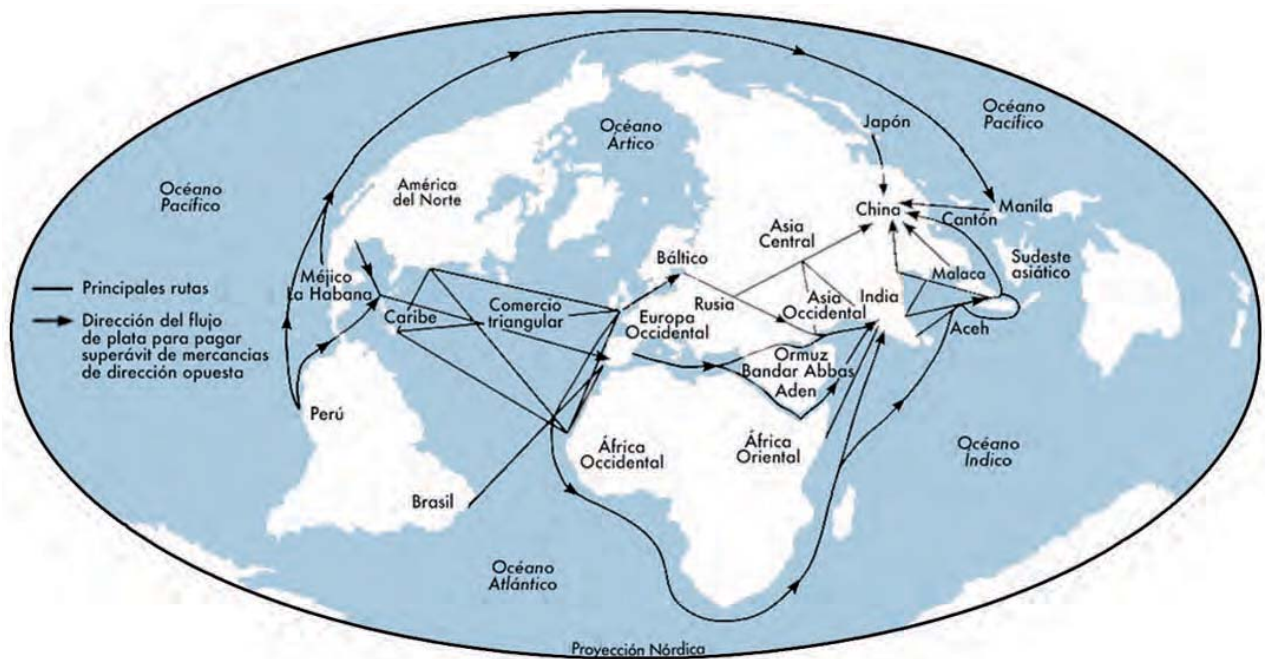
Suramérica, pieles de Canadá, etc. Como la obtención de muchos de estos productos requería abundante mano de obra, y dado que la población indígena de América había sido diezmada tras la conquista, el trabajo lo ponían centenares de miles de esclavos africanos. Estos eran enviados en condiciones inhumanas por traficantes europeos, que los obtenían en África a cambio de productos metálicos, armas, tejidos asiáticos reexportados o sal. Estos tráficos conforman lo que se llamó comercio triangular del océano Atlántico.



Fuente: F. Braudel (1987: III, 12-13).

Mapa 4.1. Los tráficos de Europa en el mundo (1500-1755).

De Oriente, la fábrica del mundo por entonces, llegaban a Europa grandes cantidades de textiles —seda y algodón, sobre todo—, especias, té y café, salitre, loza (la famosa porcelana china), etc. Estas mercancías gozaban de gran aceptación en Europa, pero además resultaban bastante baratas para los europeos si las pagaban en plata, de modo que el déficit comercial se saldaba en dinero. Cerca del 75 por 100 de toda la plata americana acabó en Asia, necesitada de volúmenes cada vez mayores para alimentar un sistema monetario que crecía al ritmo que lo hacían la agricultura y la industria.



Fuente: A. G. Frank (1998: 65).

Mapa 4.2. Principales rutas del comercio global, 1400-1800.

¿Por qué fluye la plata hacia Asia?

El hecho de que la plata de las minas americanas acabara en buena parte llegando a Asia exige una explicación. El comercio asiático seguía siendo deficitario para los europeos, pero también muy lucrativo. Y los déficits se saldaban en plata. ¿Por qué?

Se ha aducido a menudo que los asiáticos tenían una tendencia a atesorar la plata (tenían preferencia por la liquidez, en términos económicos actuales). Sin embargo, ésta no era menor en Europa, como en todo sistema monetario de base metálica. También se argumenta que poco de lo que Europa producía interesaba a chinos e indios, más avanzados en manufacturas, con una tradición alimentaria basada en el arroz y con un clima cálido que reducía la demanda de prendas de lana. Pero lo mismo podría argumentarse para la penetración de los tejidos asiáticos de algodón en Europa.

K. N. Chaudhuri cree que la respuesta está en los distintos niveles de precios relativos del oro y la plata en Europa y Asia. Ambos continentes tenían sistemas monetarios bimetálicos (basados en oro

y plata), pero las cantidades existentes (stocks) de cada uno eran muy diferentes. En Asia el oro era mucho más abundante (lo que hacía que la plata fuera más cara en relación a él), mientras que en Europa, tras el descubrimiento de las minas americanas, ocurría lo contrario. En consecuencia, la plata fluía allí donde obtenía una mejor remuneración, abandonando Europa donde su precio relativo era más bajo. De ahí que las manufacturas europeas resultaran caras para los asiáticos, pero no a la inversa.

Con el tiempo los flujos de plata deberían haber tendido a equilibrar los stocks, reduciendo el diferencial oro-plata. Esto no ocurrió, según Chaudhuri, debido a que el tamaño de las economías asiáticas era muy superior a las de Europa, por lo que los efectos de los flujos de metal no lograron nunca equilibrar los niveles de precios, ni siquiera tras tres siglos de intercambios, a fines del XVIII.

Así pues, la región más avanzada del mundo, hacia donde fluía el dinero, la «locomotora» económica en terminología actual, era Asia. Allí vivía la mayoría de la población mundial, allí se hallaban las mayores ciudades (Estambul o Pekín, las más populosas hacia 1500, con 700 000 habitantes, seguidas por los 500 000 de Calcuta o los 450 000 de El Cairo frente a los 125 000 de Roma, la mayor ciudad europea), y allí se concentraba la producción (hasta el 80 % del PIB mundial en 1775, según estimaciones retrospectivas).

A pesar de la potencia de Asia, Europa había conseguido mejorar su situación sustancialmente. No sólo su población crecía a un ritmo sostenido, sino que había conseguido drenar riquezas inmensas de América y África. Asimismo, había adquirido el protagonismo en el comercio mundial: eran las naves europeas las que llegaban a los puertos asiáticos, no al revés. Y como fruto de esos flujos, la población europea estaba accediendo masivamente al consumo de nuevos bienes —tejidos de algodón y té indios, sedas y loza chinas, cacao, azúcar, tabaco y ron de América—, lo que alimentaba el deseo de mayor cantidad y variedad de estos bienes (una auténtica revolución del consumo). Se creaban así los incentivos para trabajar más y mejor. Era lo que se ha venido a llamar «revolución industrial» que precedió a la «industrial». Sólo de este modo los europeos podían costearse esos «lujos» recién adquiridos. De una parte de esta evolución, la que corresponde al

siglo XVIII, se tratará en el tema siguiente. Pero ahora toca preguntarse cómo empezó todo.

Tabla 4.1. Evolución de PIB mundial por continentes (millones \$ internacionales de 1990, cifras redondeadas).

	1000	1500	1600	1700	1820
Europa	13 200	44 800	80 400	102 150	205 700
Asia	82 200	161 300	217 600	229 500	411 200
<i>India</i>	26 500	60 500	74 250	90 750	111 400
<i>China</i>	33 800	61 800	96 000	82 800	228 600
África	13 700	18 400	22 000	24 400	31 000
América	4 600	8 100	4 400	6 900	26 700
Total Mundo	116 800	247 100	329 400	371 400	694 400

Nota: Se ha recalculado a partir de las categorías de Maddison: las cifras de Europa se han calculado sumando las cifras originales de Europa Occidental y Oriental, más 1/2 de la correspondiente a la antigua URSS; las de América, sumando América Latina con la cifra de Estados Unidos. En todo caso, como se imaginará, se trata de estimaciones muy aproximadas (aunque elaboradas con abundancia de fuentes). Fuente: A. Maddison (2005), tabla B-18.

¿Cómo pudo Europa ascender en el mundo de la Edad Moderna? La respuesta no está en el cambio tecnológico, al menos no en macroinventos. La Europa moderna no inventó ningún convertidor que permitiera explotar nuevas fuentes de energía: seguía siendo una economía orgánica, en terminología de Wrigley, aunque hubo un ligero aumento del uso de carbón mineral como combustible, algunas mejoras en los molinos de viento, y otras muy destacadas en la navegación. Asimismo hubo innovaciones agrarias de importancia (nuevos sistemas de rotación de cultivos, más complejos y productivos), pero no revolucionarias. También hubo inventos importantes en la industria, entre los que habría que destacar la imprenta de tipos móviles de Gutenberg (1455). Con todo, cuando los historiadores económicos buscan en la tecnología las causas del crecimiento económico de Europa en esta época tienen que reconocer que no están ahí.

¿Entonces? En realidad sí se produjeron innovaciones, aunque las principales tenían poco que ver con el cambio tecnológico. Para lo que Europa se

mostró particularmente dotada fue para la guerra y la conquista. En esencia, las innovaciones que alteraron la vida europea fueron:

- a) Innovaciones tecnológicas en la navegación y el armamento (que explican el protagonismo de la conquista y el comercio).
- b) Ligadas a los anteriores, apertura de nuevos mercados y acceso a materias primas (a través del poder militar, no de la competitividad productiva).
- c) Cambios institucionales sustanciales, no siempre fáciles de concretar, centrados en empresas de nuevo tipo (compañías comerciales por acciones), ejércitos de nuevo tipo (armadas de las compañías privilegiadas y la piratería) y, sobre todo, la difusión de la propiedad privada y los mercados que son requisitos del capitalismo. Ligado a éste, el ascenso de un nuevo tipo de Estado constituye quizá la mayor innovación europea del periodo.

2. GUERRA, ESTADO Y CAPITALISMO

Lo que hizo posible la expansión europea por el mundo, y le permitió hacerse un hueco en la economía mundial, fue su capacidad para la guerra. Por supuesto, también los imperios asiáticos y americanos demostraron una eficacia militar sobrada y un largo historial de conflictos. Pero los europeos hacían la guerra de un modo distinto, que les permitía extender su dominio sin implicar a enormes ejércitos de tierra (infantería o caballería) que habían dominado el «arte» de la guerra desde la Antigüedad (y aún lo hacían en Asia). Enviaban pequeñas expediciones bien armadas transportadas en navíos muy marineros y artillados. Cañones y velas serían la clave. En el siglo y pico que transcurrió entre la caída de Constantinopla a manos de los turcos (1453) y la victoria de la Liga Santa sobre éstos en Lepanto (1571), una batalla dominada aún por las galeras a remo, los europeos habían dado un salto de gigante en capacidad militar. En palabras de David Landes «Europa podía imponer ahora su presencia en cualquier parte de la superficie del globo que se encontrara al alcance de un cañón naval» (Landes, 1999: 95).

¿De dónde viene esa capacidad para la guerra? En parte de innovaciones técnicas, como ya hemos dicho en la navegación y el armamento. Ya desde

la Edad Media, la brújula (c. 1100) que permitía determinar el rumbo, sumada al astrolabio (conocido desde la Antigüedad) permitían superar la navegación de cabotaje. Pero la tracción de las grandes naves seguía siendo fundamentalmente a remo (como en China), inadecuada para los grandes trayectos oceánicos. Para estos, a partir del siglo XIII, la confluencia de los métodos de navegación del norte de Europa con los del Mediterráneo dio lugar a nuevos tipos de naves, como la carraca, la coca o la carabela, que combinaban timones de codaste (en popa), varios mástiles con velas cuadradas o latinas y cascos redondos, de mayor capacidad de carga. A ello se sumaron los desarrollos del armamento: el uso del acero en espadas, picas, y corazas, y especialmente la construcción de cañones en bronce o hierro, cada vez más ligeros, que empezaron a montarse en las naves a partir del siglo XIV. Fueron los avances en la guerra naval los que marcan la diferencia entre la Europa medieval —incapaz de resistir las sucesivas embestidas de los pueblos nómadas de las estepas— y la Europa moderna, capaz de viajar por el globo e imponerse como intermediario comercial en Asia y como conquistadora en América.

Pero ¿por qué Europa se especializó en la guerra? Una parte de la clave estaba en el tamaño de las unidades políticas. Los imperios asiáticos tenían capacidad militar sobrada, lo que les permitió pacificar gran parte de sus dominios durante largos periodos de tiempo, sin resultar demasiado gravosos (en términos de tributos o destrucción) para sus súbditos. De este modo, generaron incentivos para el crecimiento de la producción y la productividad. Pero precisamente por su éxito en territorios extensos, carecían de incentivos para ampliar sus dominios por mar (o en todo caso, renunciaron a hacerlo). En la Europa medieval, en cambio, los reinos feudales estaban demasiado fragmentados y eran demasiado pequeños, por lo que la forma de prosperar era guerrear para aumentar sus recursos. Y en ese contexto surgieron unidades políticas más grandes con claras ventajas comparativas: los estados.

Europa partía hacia finales de la Edad Media de una extrema fragmentación política característica del feudalismo. Existían ventajas evidentes para aquellas unidades políticas que crecieran más deprisa; de ahí la reducción de su número. De las 1000 unidades políticas existentes en el siglo XIV se pasó a unas 500 en el XVII (y sólo 25 hacia 1900). Con la posible excepción de Rusia (a caballo entre Europa y Asia) ninguna de ellas era un verdadero imperio territorial, ya que la existencia de las demás limitaba la posibilidad a la hegemonía de una sola. De este modo, los estados modernos europeos

(grandes y pequeños) se orientaron hacia la guerra y eso generó incentivos tanto para fomentar el crecimiento económico (que significaría más hombres y más impuestos) como para ampliar su dominio fuera del continente (de nuevo más recursos). Los estados europeos pasaron desde mediados del siglo XV a controlar territorios cada vez más amplios; a menudo, pero no siempre, unificados bajo una misma lengua y una sola religión. Esos estados se dotaron de burocracias permanentes, ejércitos potentes, sistemas fiscales capaces, y leyes escritas que proporcionaban «reglas de juego» estables para los agentes; y muy especialmente para la actividad económica. Con estas herramientas, los estados se convirtieron en fieros competidores hacia fuera (con otros estados), y también hacia dentro frente a poderes como los de la nobleza y el clero. Según algunos autores, también fueron motores del crecimiento económico.

¿De dónde salieron estos estados? Tenemos básicamente dos interpretaciones distintas de cómo ocurrió.

Para Marx y los historiadores marxistas, la crisis del feudalismo en el siglo XIV, incluida la mortandad de la peste negra, reforzó el poder de negociación de los campesinos. Esa libertad no se ganó en los mercados, sino que fue fruto principalmente de una serie de revueltas extendidas por toda Europa, guerras campesinas contra los señores feudales. Se movilizaron auténticos ejércitos con líderes y reivindicaciones propias; fundamentalmente la abolición de la servidumbre, el fin de los monopolios señoriales y la moderación de los tributos. Para enfrentarse a estas revueltas, los nobles debieron reforzar su poder, y lo hicieron delegando una parte creciente del mismo en príncipes y monarcas. De este modo, los reyes medievales (simplemente uno más entre los nobles, un *primus inter pares*) se convirtieron en gobernantes más poderosos. Las ciudades, elementos dinámicos de la sociedad medieval, inicialmente dudaron a qué bando sumarse; pero al final se adhirieron a la monarquía, obteniendo en muchos casos contrapartidas políticas en forma de instituciones parlamentarias y leyes favorables a sus intereses comerciales y fabriles. El resultado de estas luchas no fue en todas partes el mismo; por ejemplo, en Europa del Este la servidumbre perviviría hasta la segunda mitad del siglo XIX. Pero en Europa occidental mejoraron las condiciones de los campesinos, se recortó el poder la nobleza, y se dio paso al Estado moderno.

La explicación institucionalista se asocia al nombre de Douglass North. En su opinión, los estados proporcionaban un marco institucional estable,

con leyes y tribunales que respaldaban los derechos de propiedad y la seguridad de los contratos. Los estados desempeñaban estas funciones más eficazmente que los señores feudales: al controlar territorios mayores obtenían economías de escala, y al acumular más poder les resultaba más fácil obligar a todos los beneficiarios a pagar, vía impuestos, su parte del coste de estos servicios. De este modo, los estados se reforzaban sobre todo como resultado de su eficiencia para gestionar la economía y reducir los costes de transacción (aquellos derivados del establecimiento de una relación económica entre dos agentes, como la búsqueda de información, la negociación del precio, la distribución de la mercancía, las garantías legales etc.). De entre todos los estados, afirma North, los más eficaces fueron aquellos que desarrollaron instituciones parlamentarias que limitaban el poder de los monarcas, especialmente en materia fiscal. Esto explicaría la supremacía de Holanda, primero, y de Inglaterra tras la revolución de 1688. Eric Jones llevó más lejos el argumento de North, señalando que la competencia entre estados, análoga a la de los agentes económicos, les empujó a generar y captar recursos, lo que llevó a mejorar los servicios que prestaban: especialmente la prevención de catástrofes, el reforzamiento de los sistemas legales, y la mejora de las comunicaciones y de la eficiencia de los mercados. De este modo, el crecimiento de los estados se convirtió en uno de los pilares del *milagro europeo*, la hegemonía del continente en el mundo.

En todo caso, las dos corrientes subrayan la conexión entre el ascenso de este nuevo tipo de Estado y el avance del capitalismo. Y la base de todo, como dijimos, era la guerra. El XV, el XVI y el XVII fueron tres siglos de guerras casi continuas entre unidades políticas relativamente pequeñas y pobres comparadas con los imperios asiáticos. De la mano de la guerra, el capitalismo, que había comenzado a surgir en las ciudades medievales, comenzó a ganar posiciones en algunos de estos nuevos estados. ¿Cuáles fueron las grandes líneas de esta evolución? El nervio de la guerra era el dinero y la guerra en la Europa de los siglos XV y XVI resultaba cada vez más cara, tanto en tierra (fortificaciones que resistían la artillería, cañones capaces de derribar las fortificaciones, arcabuces, etc.) como en el mar (muchos navíos, cada vez más artillados: en Lepanto participaron unas 200 galeras cristianas, con 1300 cañones, casi el doble que los otomanos, con un número parecido de naves). Por tierra y mar, soldados, muchos soldados (tabla 4.2), la gran mayoría mercenarios. En estas condiciones, la única forma de hacer la guerra era disponer de cantidades ingentes de dinero.

¿Y los cambios culturales?

Diversos autores han defendido que los cambios que consagraron la superioridad de los europeos en el mundo no son de naturaleza política, tecnológica, económica o militar. Lo que explica el «ascenso de Occidente» son cambios culturales (ideológicos, religiosos, de actitud ante la ciencia, etc.).

David Landes es quizá el historiador económico contemporáneo que con más argumentos y convicción ha defendido esta tesis. En *La pobreza y riqueza de las naciones*, Landes sostiene (capítulo XV) que, partiendo de ciertas ventajas iniciales (climas templados, evolución intelectual y política), lo que contribuyó al ascenso de Europa fue:

1. La autonomía de la actividad intelectual (desligada de la religión).
2. La aceptación del método científico como vía de conocimiento.
3. La rutinización de la investigación y su difusión.

Estos valores prosperaron inicialmente en los países protestantes, donde la crítica individual de las enseñanzas de la religión, la necesidad de justificar racionalmente la fe y la tolerancia religiosa (en ausencia de instituciones represoras como la Inquisición) facilitaron su difusión.

Los argumentos de Landes enlazan con las tesis de Max Weber en su clásico *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), donde defendía que la reforma protestante desencadenada por Martín Lutero a partir de 1517 y difundida por toda la Europa central y septentrional había contribuido mediante una serie de valores nuevos a fomentar el avance del capitalismo. Weber se fijaba especialmente en los valores del calvinismo (difundido en Inglaterra, Suiza u Holanda), que desarrolló la doctrina de la predestinación, según la cual los cristianos no podían hacer nada (ni fe ni buenas obras) para salvarse, ya que todo estaba escrito. Aunque semejante doctrina podía haber desembocado en cierta pasividad, en realidad se concretó en:

- Exaltar la frugalidad, el trabajo, el orden y la seriedad.

- Considerar el éxito en los negocios como una bendición de Dios (no como algo sospechoso).
- La idea de que la vida es limitada y no debe malgastarse en frivolidades.
- Fomentar la alfabetización para la lectura individual de la Biblia.
- El carácter estrictamente personal de la salvación (individualismo).

Tales valores conformaban una ética cuya finalidad no era el éxito en los negocios (sino la salvación del alma), pero que a menudo conducía a ello.

El problema de las interpretaciones culturales es que resisten mal el análisis comparativo: en otras partes del mundo y en otras épocas hay movimientos religiosos ascéticos o individualistas (el budismo zen), o curiosidad por las ciencias o laicización del pensamiento (la Grecia antigua, por ejemplo). Por otro lado, ningún cambio cultural (el afán de lucro calvinista, o la determinación de los europeos) bastaría para explicar determinados desarrollos si no es como causa a su vez de innovaciones (en la navegación, en las instituciones económicas) que dotan a ciertos pueblos o naciones de los medios materiales necesarios para el cambio económico.

Los historiadores económicos siempre han tratado de incorporar factores culturales, sociales o políticos en sus explicaciones de los cambios a largo plazo. Otra cosa es ponerse de acuerdo en la importancia de estos factores, dada la dificultad de convertirlos en variables cuantificables e integrarlas en el razonamiento económico.

¿De dónde sacaban el dinero los estados europeos? Pues de donde lo sacan todos los estados: de su patrimonio (si lo tienen), de impuestos (si pueden) y de préstamos (si alguien les presta).

Patrimonio. Las propiedades de los reyes habían sido la fuente principal de sustento de las monarquías en la Edad Media, pero no alcanzaban a cubrir los gastos de la guerra moderna. Así que en algunos casos recurrieron

a vender otros tipos de patrimonio, como oficios públicos (vendidos masivamente en Francia o Castilla), títulos de nobleza o privilegios comerciales. Aun así, no alcanzaba: ni siquiera los más ricos monarcas de la Europa moderna —Austrias y Borbones españoles, que tenían un 20% de todo lo extraído de las minas americanas— podían pagar con su patrimonio el coste de los ejércitos, la burocracia y la Corte.

Tabla 4.2. Tamaño de los ejércitos (hombres) de algunos Estados europeos (1470-1710).

	España	Holanda	Francia	Inglaterra	Suecia	Rusia
1470	20000		40000	25000		
1550	150000		50000	20000		
1590	200000	20000	80000	30000	15000	
1630	300000	50000	150000		45000	35000
1650	100000		100000	70000	70000	
1670	70000	110000	120000		63000	130000
1700	50000	100000	400000	87000	100000	170000

Fuente: P. Malanima (1995: 584). Basado en Parker y Smith

Impuestos. Era la fuente principal de ingresos. Desde una perspectiva estrictamente lógica, lo razonable hubiera sido que los soberanos gravasen la principal fuente de riqueza; es decir, impuestos sobre la propiedad y sobre la producción agraria. Pero en la mayoría de los países aquella estaba en manos de los nobles y la Iglesia, las clases dominantes de la sociedad feudal, que se resistían a la imposición. Por otro lado, en agriculturas atrasadas como eran buena parte de las europeas, cualquier incremento de la fiscalidad sobre el producto agrario habría afectado a los terratenientes, que habrían tenido que renunciar a una parte de sus ingresos. En consecuencia, sólo admitieron este tipo de imposición en casos excepcionales, por lo que no quedaba más remedio que establecer impuestos indirectos

sobre el comercio o el consumo. Esta fue la solución adoptada por buena parte de los estados. Impuestos como la alcabala en Castilla (impuesto del 10 por 100 sobre las compraventas), las *aides* (sobre el vino, licores, velas, jabón) y gabelas (sobre la sal) en Francia desde fines del XIV, o los derechos de aduanas, base de la hacienda inglesa, fueron fórmulas habituales en casi todas las monarquías europeas.

Deuda. Aunque los impuestos fueron creciendo desde fines del siglo XV, a menudo no alcanzaban para cubrir el gasto, o no producían los ingresos necesarios en el momento en que se precisaban. De ahí que de forma creciente se recurriera al endeudamiento, bien a través de préstamos a corto plazo de banqueros, bien a través de deuda consolidada. Los préstamos de los banqueros internacionales eran fundamentales para pagar las guerras en territorios alejados, como las de los Austrias españoles por toda Europa en los siglos XVI y XVII. Los banqueros proporcionaban anticipos urgentes, y además, movían el dinero a plazas alejadas en una época de comunicaciones difíciles y peligrosas, pero cobraban caros sus servicios. La alternativa fue la deuda consolidada, títulos parecidos a la actual deuda pública, que devengaban un interés anual, y con plazos de amortización muy largos o indefinidos. El pago de los intereses se garantizaba con lo que se recaudaba de impuestos. En sus inicios, siglos XV y XVI, estos títulos —como los juros castellanos o las *rentes* en Francia— gozaron de buena acogida; sólo Inglaterra demoró su introducción hasta fines del siglo XVII, aunque tenía otros tipos de deuda. Pero a medida que los apuros financieros retrasaban el pago de intereses, se fue haciendo más difícil colocarlos en los mercados, por lo que desde mediados del XVI sus tipos de interés crecieron algo, salvo en Inglaterra y algunas repúblicas (gráfico 4.1).

Todas estas novedades en materia fiscal y hacendística fueron desarrollándose en los estados europeos desde finales del siglo XV hasta el siglo XVIII. Y más allá de sus efectos contributivos, tuvieron importantes repercusiones sobre las economías europeas:

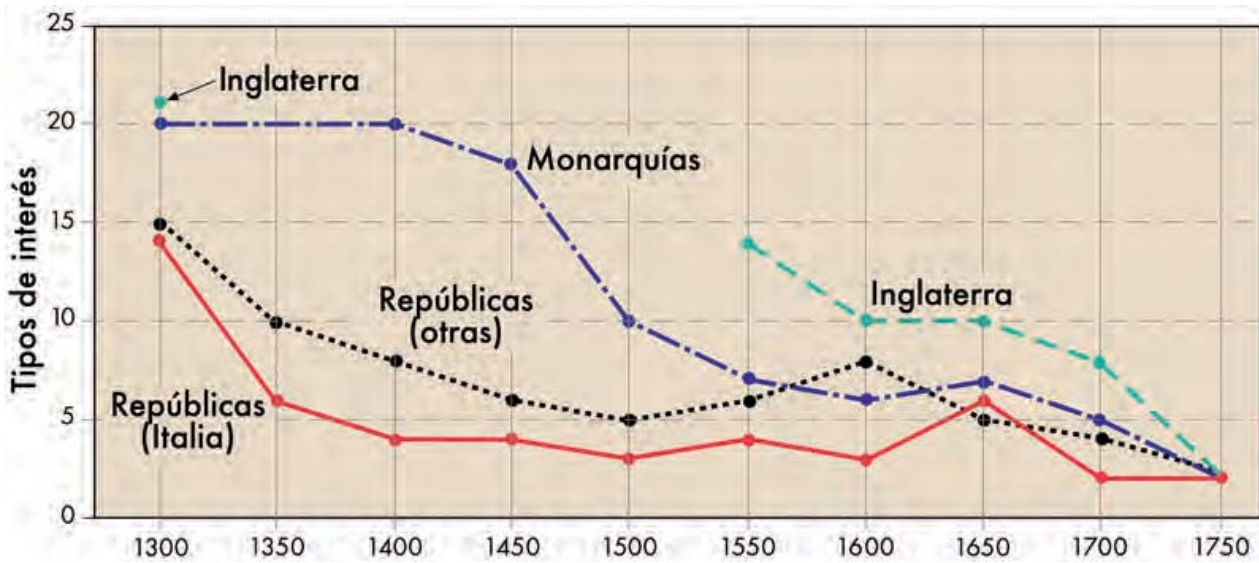
- Los impuestos contribuyeron a la monetización de la economía y la extensión de los mercados. A diferencia de lo que sucedía con gran parte de la imposición señorial de la Edad Media, las cargas fiscales de los estados modernos debían pagarse en metálico. Esto forzó a los campesinos a comercializar sus excedentes o a emplearse como asalariados, contribuyendo así a la extensión de los mercados.

- Como muchos de estos impuestos recaían sobre el comercio y el consumo, los estados encontraron fuertes incentivos para fomentar y proteger estas actividades. De este modo, los estados se preocuparon en ofrecer privilegios a los mercados y ferias, seguridad en los tráficos, garantías a la propiedad privada, sistemas unificados de pesos y medidas y, en general, dictando legislación protectora al comercio y la industria.
- Los estados también tuvieron un fuerte incentivo para promover la explotación colonial, pues los derechos de aduanas, y la misma colonización, constituían otra fuente importante de ingresos. Los monarcas financiaron las expediciones de descubrimiento y conquista (como hizo la reina Isabel de Castilla con Colón). También establecieron instituciones para el monopolio del comercio colonial, como la Casa de Contratación española de Sevilla en 1503 o, más adelante, compañías privilegiadas como la Holandesa de las Indias Orientales (VOC, por sus siglas en holandés, 1602) o la East India Company (EIC, 1599) inglesa. Tales medidas son el núcleo del llamado mercantilismo (ver recuadro).
- Los préstamos de los banqueros otorgaron a estos primeros representantes de la burguesía un poder de negociación que aprovecharon para impulsar la penetración de las reglas de juego capitalista (propiedad privada, mercados, garantías jurídicas a los negocios).
- El crecimiento de la deuda consolidada actuó en un sentido parecido. Los estados no podían zafarse del pago de intereses y amortización de capital porque los tenedores de deuda pertenecían a los sectores sociales más poderosos (comerciantes y financieros, pero también nobles e instituciones eclesiásticas). De ahí que promovieran un mayor control del presupuesto, bien por la vía de la representación política (como ocurrirá con el Parlamento en Inglaterra sobre todo tras la revolución de 1640), o bien mediante el nombramiento de funcionarios especializados.
- El mismo desarrollo de los estados modernos generó nuevas oportunidades de negocio. Financieros, contratistas navales o de pertrechos, arrendadores de impuestos, o comerciantes de compañías monopolistas constituyeron el sector más rico de las burguesías nacionales. Los Fugger, Welser o Spínola sólo fueron la cúspide de un nutrido grupo de banqueros y hombres de negocios que prosperaron a la sombra de

los estados. En ocasiones acabaron arruinados; otras veces abandonaron los negocios y, merced al patrimonio acumulado, se integraron en la aristocracia.

De este modo, el fortalecimiento del Estado moderno en Europa contribuyó por diversas vías al avance del capitalismo en una sociedad que aún era predominantemente feudal. Con todo, hay que hacer algunos matices.

- En primer lugar, el poder los nuevos estados no era tan absoluto ni igual en todas partes de Europa. Los estados nacientes aún debían negociar con diversas instancias intermedias (nobles, municipios, iglesias, gremios o parlamentos), ya que carecían de capacidad para imponer sus decisiones. En zonas como Italia o Europa del Este, la formación del Estado nacional encontró obstáculos insalvables ante el vigor de las ciudades-estado o la nobleza feudal. Polonia, por ejemplo, se convirtió en monarquía electiva en 1572, con un rey elegido por los nobles.
- En segundo lugar, también tuvo consecuencias negativas:
 - La fiscalidad estatal pudo frenar el crecimiento y castigar las actividades (comercio y manufacturas) y zonas más dinámicas; las ciudades y los puertos, más fáciles de controlar, pagaban más impuestos.
 - La deuda pública funcionó como mecanismo de redistribución inversa (los impuestos que pagaban los pobres acababan en las arcas de los ricos), y drenó capitales que podrían haberse invertido en la producción.
 - También generó conflictos políticos. Hubo revueltas contra los impuestos, en ocasiones de gran virulencia y difusión, como las de los *croquants* franceses en 1636; las cuestiones fiscales también contribuyeron al estallido de las revoluciones inglesas de 1642-1689.
 - A menudo se ha culpado a la presión fiscal estatal, especialmente en la cuenca mediterránea, de la crisis del XVII. Aunque la recaudación de las haciendas públicas creció notablemente en este período, no está claro que significara siempre una mayor presión fiscal, ya que también lo hicieron la población y la renta. Las estimaciones para Francia indican que la presión fiscal aumentó a lo largo del XVI, se moderó temporalmente a comienzos del XVII, y volvió a remontar abruptamente hasta 1650.



Fuente: S. Epstein (2000: 19).

Gráfico 4.1. Tipos de interés de la deuda pública a largo plazo y estructura constitucional, 1300-1750.

Mercantilismo

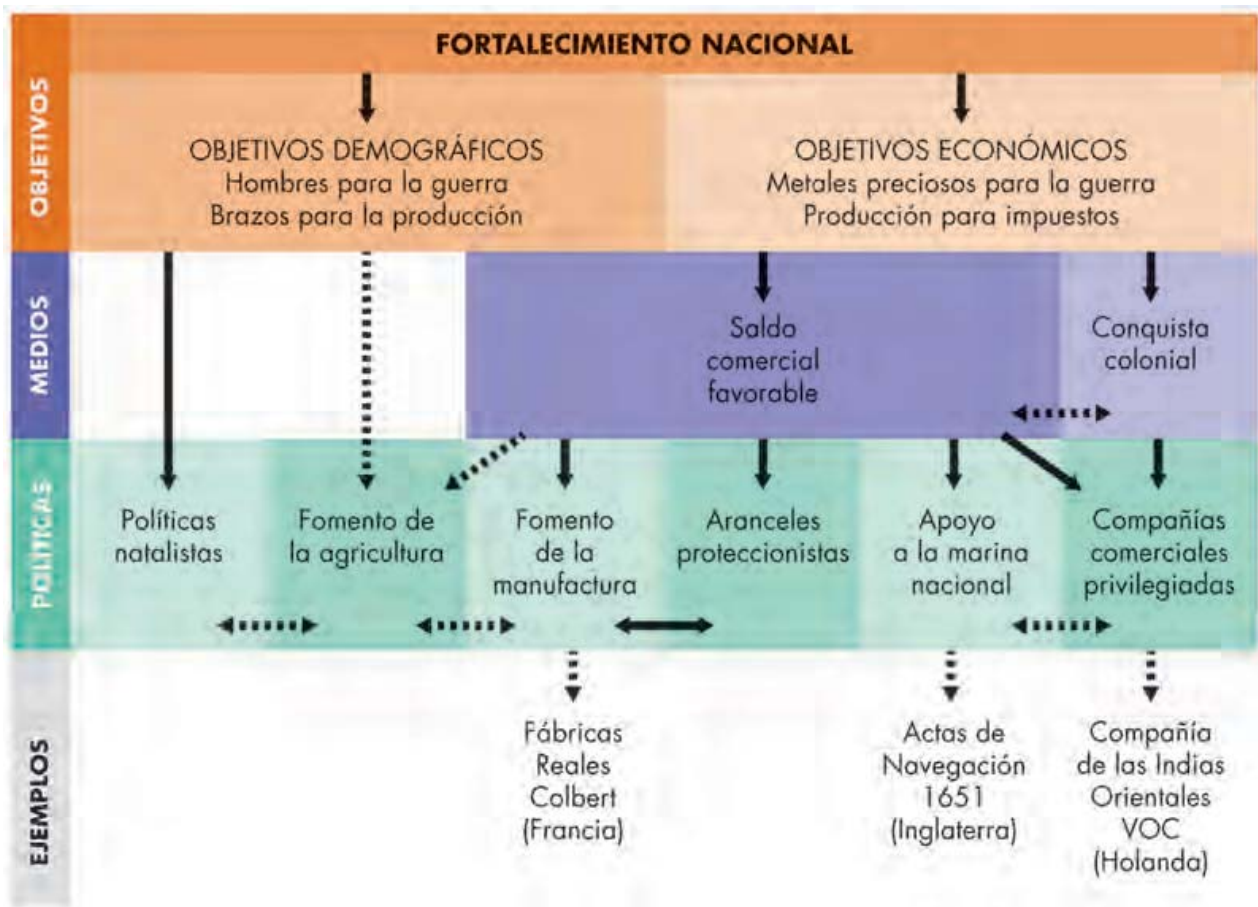
Además del crecimiento del gasto y de los impuestos, los estados modernos intervinieron a través de otras políticas económicas, englobadas bajo la etiqueta de mercantilismo. Éste no es propiamente un programa teórico coherente, sino más bien un conjunto de medidas, ideas y autores diversos que tratan de dar respuesta a problemas concretos. El objetivo común era el reforzamiento del poder estatal a través de la intervención pública sobre la economía. Muchas de estas medidas no eran sino la aplicación a escala nacional de las adoptadas en las ciudades medievales para regular la producción, el comercio o la política de subsistencias. Habitualmente eran respuestas a situaciones coyunturales, aunque también había rasgos comunes, como la protección de las manufacturas locales, el fomento del comercio exterior y el logro de una balanza comercial favorable o la obtención de metales preciosos.

Aunque los mercantilistas también plantearon medidas para la regulación del comercio y la producción interior (tasas de precios agrarios y salarios), el grueso de sus preocupaciones se orientó hacia el comercio exterior. De ahí el nombre de «sistema mercantil» que le

dio Adam Smith, del que derivó mercantilismo. Estos esbozos influyeron en los programas de política económica más elaborados que a partir de la segunda mitad del siglo XVII se pusieron en marcha en Inglaterra o en la Francia de Colbert.

La obsesión de los mercantilistas por acumular metales preciosos, llamada en ocasiones «bullonismo» (del inglés *bullion*, lingote) estaba ligada a la necesidad de afrontar los gastos de guerra, buena parte de los cuales (sobre todo los pagos a mercenarios) debía efectuarse en oro o plata. La fórmula para conseguirlo, a falta de colonias productoras (monopolio de los españoles), era procurar que los flujos de metales americanos recalaran en el país y no salieran de él. Para conseguirlo era prioritario que la balanza comercial fuera favorable (aportación de Thomas Mun), lo que debía conseguirse fomentando el comercio, especialmente la exportación de manufacturas, y procurando que los beneficios de éste no saliesen al exterior. Como resultado, algunas políticas mercantilistas concretas fueron:

- Altos aranceles para las importaciones de manufacturas (salvo de bienes intermedios); leyes contra el lujo (que era por definición importado) o prohibición de exportaciones de productos semielaborados o materias primas.
- Actas de Navegación: aprobadas en Inglaterra tras la revolución parlamentaria, reservan a los navíos ingleses el tráfico desde puertos ingleses. Otros países adoptan medidas similares.
- Manufacturas reales: grandes fábricas financiadas por el Estado, centradas en bienes de lujo o pertrechos militares, para evitar tener que importarlos.
- Compañías comerciales privilegiadas: con monopolio para comerciar con una determinada región o producto, especialmente la importación de materias primas coloniales o productos que luego pudieran reexportarse con beneficio.
- Prohibición de salidas de oro y plata del país (ineficaces), con la excepción del comercio con Asia, en el que las exportaciones de plata resultaban muy rentables (esa fue la política de las compañías de Indias inglesa y holandesa).



Nota: Las líneas punteadas reflejan una conexión más débil. Fuente: Elaboración propia.

Figura 4.1. Objetivos, medios y políticas mercantilistas.

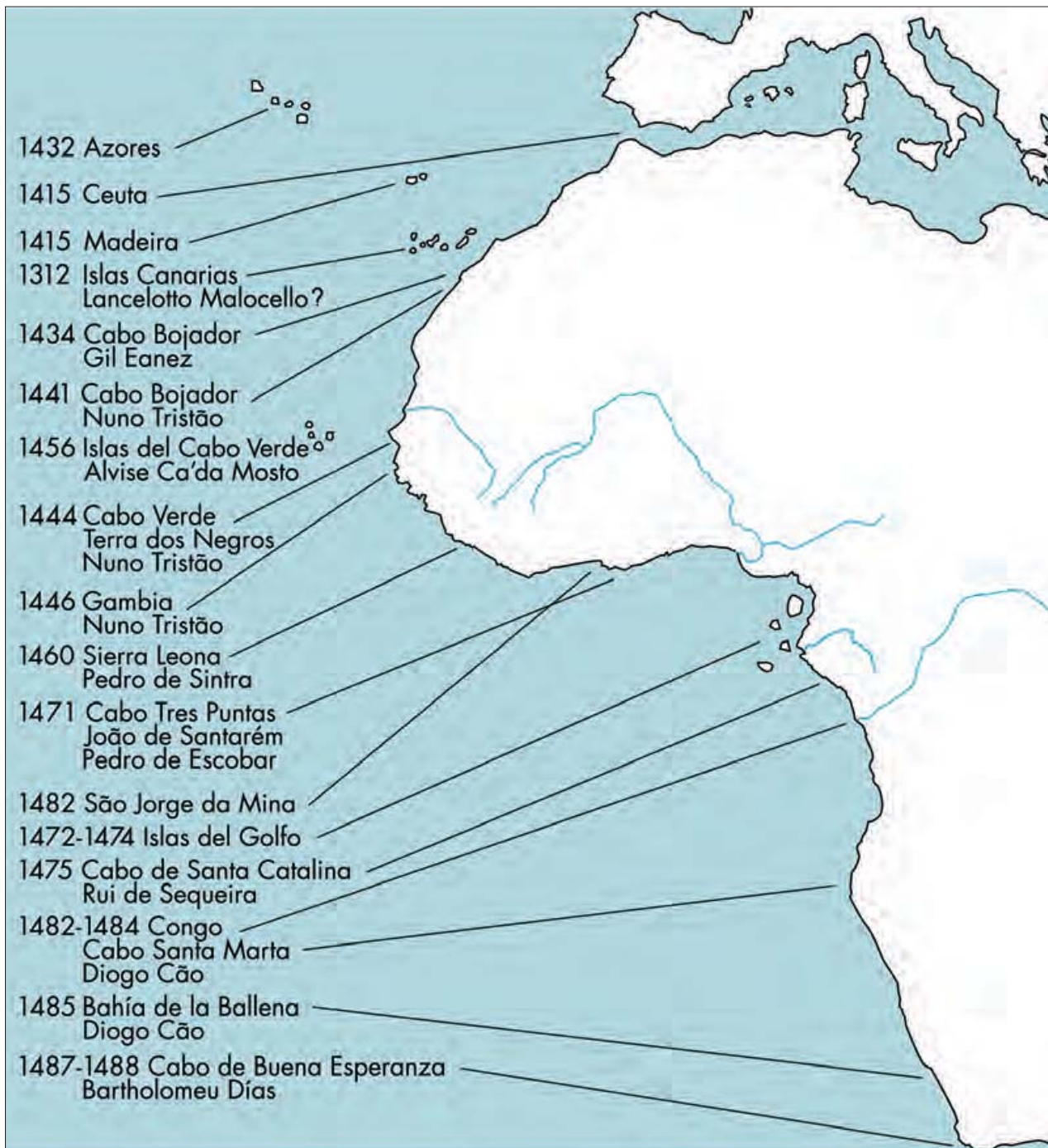
3. ARMAS Y GÉRMENES EN AMÉRICA (Y ÁFRICA)

La expansión europea hacia el Atlántico venía de finales de la Edad Media, y estuvo protagonizada sobre todo por los portugueses y más tarde por los castellanos. Los avances ya mencionados en navíos e instrumentos de navegación proporcionaron los medios, pero la atracción de los metales africanos y los beneficios potenciales de ahorrarse a los intermediarios musulmanes, que controlaban el comercio de especias, proporcionaron los incentivos necesarios.

Muy escuetamente (la historia está recogida en cualquier manual de historia general) podemos seguir las expediciones portuguesas hacia el Índico. El impulso inicial fue proporcionado por el infante Enrique (1394-

1460), llamado justamente el Navegante (nunca llegó a reinar, pero aprovechó su peso en la familia real portuguesa para promover empresas de exploración).

Desde finales de la Edad Media Portugal era una nación dedicada a la pesca de altura y el comercio con el norte de Europa, pero era incapaz de competir en el Mediterráneo, el gran eje tradicional del comercio europeo, cuyo dominio se disputaban navegantes italianos y otomanos. De ahí que aprovechara su situación periférica para buscar rutas alternativas en el Atlántico. Sobre todo lo que buscaba eran especias de Oriente y oro de África; especialmente de Ghana. Éste se había encarecido debido a que el crecimiento económico exigía alimentar un sistema monetario basado en ese metal, y sólo subsidiariamente en la plata. Las principales unidades monetarias del momento —dinares árabes, ducados venecianos, florines florentinos— eran monedas de oro, algo que sólo se alteraría con la explotación de las minas americanas. Las especias asiáticas (pimienta, clavo, etc.), así como algunos tintes para tejidos habían nutrido las ramas más prósperas del comercio ultramarino en la Edad Media. Esos productos tenían una gran demanda para acondicionar alimentos en una época con limitados sistemas de conservación. Pero, sobre todo, resultaban atractivas por su elevado valor por unidad de peso. La búsqueda de una ruta directa hacia el Océano Índico —abierta finalmente con la expedición de Vasco de Gama —permitía desbancar a los competidores italianos y ahorrar intermediarios. Los beneficios potenciales eran por tanto considerables, y de ahí el apoyo de la corona portuguesa —de Enrique el Navegante a Juan II (1481-1495)— a los viajes de descubrimiento que se sucedieron en el siglo XV, estableciendo colonias o factorías en la ruta hacia Asia, que alcanzó en 1498 Vasco de Gama. Nuevas expediciones posibilitaron llegar a Cantón (China, en 1518), y establecieron bases comerciales (factorías) a lo largo de la costa africana y el Índico: Mozambique, Madagascar, Zanzíbar, Adén o Goa. El dominio de esta ruta por los portugueses aún duraría unas décadas. Para su explotación se estableció en Lisboa una institución, la Casa da Índia (c. 1500), a la que se otorgó el monopolio del comercio con Oriente, la supervisión de la navegación y el cobro de los impuestos. Sin embargo, desde finales del siglo XVI, holandeses e ingleses fueron ganando a Portugal la pugna por el control de estos tráficós. El pionero fue perdiendo peso frente a los competidores recién llegados, pero más eficaces en la navegación y la guerra.



Fuente: C. M. Cipolla (2003: 224).

Mapa 4.3. Descubrimientos portugueses en África.

Mucha mejor fortuna tuvieron los castellanos, incorporados más tarde a las expediciones atlánticas, pero a quienes les salió bien la apuesta de Isabel

la Católica por Colón. El viaje resultó tan arriesgado que el mismo Colón tuvo que ocultar a su tripulación los datos reales de navegación. *In extremis*, la expedición tocó tierra el 12 de octubre de 1492, y tras un breve periplo por La Española y Cuba, regresó a Lisboa en marzo de 1493. Con todo, no puede afirmarse que la incorporación de Castilla a esta carrera atlántica fuera meramente casual; ya desde fines del siglo XIV venían promoviéndose expediciones de pesca o comercio hacia las costas africanas; la conquista de las islas Canarias formaba parte del mismo proyecto, impulsado por la corona.

La historia de la conquista y colonización de América tiene mucho de sorprendente, dado que el número de los conquistadores y su capacidad militar era casi ridículo en comparación con las fuerzas a que se enfrentaron. Hernán Cortés estuvo acompañado de unos 400 españoles cuando conquistó el imperio azteca en 1521 (aunque reclutó miles de indígenas de otras tribus). A Francisco de Pizarro le bastaron algo más de un centenar de soldados para capturar al inca Atahualpa y dar un golpe de muerte al imperio. En los dos casos los españoles aprovecharon la existencia de enemistades abiertas entre la población indígena, e hicieron valer su superioridad militar (corazas y armas de acero, caballos y perros domesticados, arcabuces y artillería) y la ignorancia de los indios sobre quiénes eran aquellos extraños forasteros. A medio plazo, se beneficiaron de la mortandad provocada por los gérmenes que acompañaban a los conquistadores, convertidos en «aliados biológicos». La viruela, sobre todo, el sarampión, la gripe, el tifus y otros patógenos con los que los eurasiáticos y africanos llevaban milenios conviviendo, hasta el punto de haberse convertido en enfermedades de la infancia para las que estaban relativamente inmunizados, diezmaron literalmente la población indígena. El empleo de indígenas como trabajadores forzados en minas y plantaciones remató la catástrofe. Se calcula que entre 1492 y 1650 la población amerindia se redujo entre un 50 y un 90 por 100. Por ejemplo, se estima que en 1532 México contaba con más de 16 millones de habitantes, de los que en 1602 sólo quedaban poco más de un millón. A cambio, América sólo exportó un patógeno que complicaría la vida a los europeos hasta el siglo XX: la sífilis.

Imperios americanos: incas y aztecas

Los españoles se enfrentaron a su llegada a América a dos imperios poderosos, aunque de reciente aparición.

Los aztecas, dirigidos por un rey-sumo sacerdote (Moctezuma a la llegada de Cortés), eran un pueblo guerrero que dominó mediante el terror el valle de México desde 1428, y desde ahí buena parte de Centroamérica. Los pueblos sometidos al imperio pagaban tributos en especie (alimentos, oro y piedras preciosas, cueros) y en hombres, muchos de los cuales eran destinados a sacrificios rituales. Disponían de una agricultura de irrigación muy productiva (heredada de otros pobladores anteriores), basada en el maíz. Habían sido capaces de construir una gran capital (Tenochtlán), con cerca de cuarto de millón de habitantes, y acumular grandes tesoros de oro y plata. Carecían de animales de tiro y su escritura jeroglífica era bastante tosca, tenían ciertos conocimientos astronómicos y, sobre todo, una notable especialización militar.

Por su parte, el imperio inca había alcanzado una gran extensión —unos 4000 kilómetros de largo, desde Quito a Santiago de Chile— basado en la asimilación de los pueblos conquistados, que eran obligados a adoptar el idioma quechua y el culto al Sol. Desconocían la rueda y la navegación de cabotaje, la escritura (que sustituían con un sistema de anotación mediante nudos) y, como los aztecas, tampoco disponían de animales domésticos de tiro (sólo llamas y alpacas, para lana y transporte). Tampoco tenían propiedad privada ni practicaban el comercio (por lo que carecían de moneda). Al igual que los aztecas, eran un pueblo guerrero, dirigido por un rey-sacerdote, que habían conseguido convertir en tributarios a otros pueblos indígenas. El imperio estaba comunicado por una densa red de caminos empedrados recorridos de forma continua por mensajeros imperiales a pie. Como los aztecas, tenían ciudades monumentales de piedra (Cuzco, Cajamarca, Callao), con grandes templos, murallas y edificios públicos, incluso en lugares tan inaccesibles como Machu-Pichu. Cuando arribó Pizarro, salían de una cruenta guerra civil.

A diferencia de las expediciones portuguesas hacia África y Asia, que se basaban en el establecimiento de fortalezas y colonias comerciales con escasa penetración territorial, Castilla (no España, ya que inicialmente la Corona de Aragón quedó excluida de la empresa) optó por una política de conquista y ocupación de los territorios. Para ello estableció su dominio territorial con fuerzas y fortalezas militares, nuevos núcleos urbanos y una política de conversión religiosa y, más adelante, castellanización de la población indígena. Se crearon nuevas instituciones de gobierno, como los virreinos; inicialmente dos: el de Nueva España al norte del istmo centroamericano, y el de Perú al Sur. Asimismo se aprobó una legislación específica para los nuevos territorios, las leyes de Indias.

La explotación de las tierras recién conquistadas resultó difícil, dado el escaso número de conquistadores, la tremenda mortandad de la población indígena, y los problemas derivados de la enormidad de los territorios y la diversidad cultural. Por ello, la economía de la América española se basó en tres pilares: una agricultura de subsistencia llevada a cabo por los indígenas, basada en los aprovechamientos tradicionales (maíz, batata); una ganadería extensiva de las especies introducidas por los europeos (equinos y bóvidos, sobre todo); y la minería de la plata.

Ésta última fue la clave de la economía colonial. En una primera etapa los españoles pudieron apropiarse de los tesoros acumulados por los imperios indígenas, básicamente formados por objetos de oro. Tras el saqueo, esta «fuente» de oro se secó, como lo hicieron los yacimientos áureos en las Antillas. En realidad, la verdadera riada de metales preciosos fue de plata, llegó tras 1550 y se basó en el descubrimiento y explotación de nuevas minas. Fundamentalmente dos: Potosí (actual Bolivia) tras 1545, y, poco después, Zacatecas (México). La producción total de estas minas (y sobre todo la primera) derramó un auténtico torrente de plata sobre Europa; aunque buena parte de ella acabó marchando hacia Asia para saldar los déficits comerciales.

La minería de la plata era muy intensiva en mano de obra. Entre otros motivos, porque la supervivencia de los mineros era reducida. El trabajo en la mina era duro y arriesgado; no sólo por la propia excavación, sino también porque la obtención de la plata empleaba un procedimiento muy insalubre, la amalgama con mercurio, un metal sumamente tóxico. Casualmente, los españoles contaban con una provisión abundante de este metal.

En Almadén (Ciudad Real) estaban las principales minas de mercurio de Europa; y, además, encontraron otras en Huancavelica, Perú. La peligrosidad e insalubridad del proceso de extracción de mineral de plata, y de la misma plata, llevó a los españoles a imponer un sistema de reclutamiento forzoso de trabajo, los repartimientos, que tenían sus orígenes en una institución inca, la *mita*. Básicamente consistía en que cada pueblo era obligado a aportar un determinado número de jóvenes, durante cierto tiempo, para el trabajo en las minas. Por lo demás, los repartimientos también fueron empleados en otras actividades económicas.

Tabla 4.3. Remesas de metales preciosos americanos llegados a Sevilla (1500-1660). Totales en miles de pesos de 450 maravedís (valores corrientes).

	Plata	Oro	Totales		Plata	Oro	Totales
1501-10	0	1 187	1 187	1581-90	52 276	931	53 207
1511-20	0	2 189	2 189	1591-1600	68 569	1 044	69 613
1521-30	35	1 137	1 173	1601-10	55 066	742	55 809
1531-40	4 890	699	5 588	1611-20	53 958	683	54 641
1541-50	8 893	1 569	10 463	1621-30	51 498	468	51 965
1551-60	15 185	2 680	17 865	1631-40	33 158	267	33 425
1561-70	24 588	760	25 349	1641-50	25 330	204	25 534
1571-80	28 575	583	29 159	1651-60	10 570	85	10 655

Fuente: E. J. Hamilton (1975): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona, Ariel. (1ª ed. 1934).

Un problema semejante de falta de mano de obra se planteó en las plantaciones, pero se le dio una solución distinta: se recurrió a mano de obra esclava procedente de África (abriendo así otra vía de beneficio en el comercio colonial). De todos modos, la economía de plantación no fue característica de la América española hasta el siglo XVIII (no así en el Brasil portugués o

del Haití francés, donde arraigó antes). La estructura de explotación agrícola característica de los virreinos españoles fue la encomienda, que venía a reproducir en América el modelo feudal europeo. El encomendero, un conquistador español o su descendiente, asumía un papel equivalente al del señor feudal, aunque con ciertos matices. A cambio de su protección y del adoctrinamiento religioso, los indígenas debían entregarle una renta en especie o, con mucha más frecuencia, realizar trabajos para él. En definitiva, la encomienda venía a ser otra forma de trabajo forzoso en beneficio de los conquistadores, justificada por la Iglesia como instrumento de evangelización de los indígenas.

En Castilla la explotación económica de América se organizó mediante el monopolio de la Casa de Contratación de Sevilla, establecida en 1503 sobre el modelo de la portuguesa Casa da Índia. El doble monopolio —sólo Sevilla y sólo los súbditos castellanos podían comerciar con Indias— perduró hasta el siglo XVIII, aunque puesto en solfa por el fraude, el contrabando y la piratería. La Casa organizaba los convoyes anuales a América (flotas y galeones), cobraba la parte correspondiente al rey de las remesas de metales (un quinto de todo lo producido; el llamado Quinto Real) y otros aranceles y derechos sobre las mercancías. También se ocupaba de la formación de los pilotos y el registro de cartas náuticas y mapas. Sin embargo, desde muy pronto se fue reduciendo la proporción de productos castellanos exportados a las Indias en favor de los procedentes de otras naciones de Europa, sobre todo del Norte. En todo esto, el contrabando, ampliamente tolerado por las autoridades locales americanas jugó un papel fundamental.

4. ASIA Y EUROPA EN LA EXPANSIÓN DEL SIGLO XVI

Hasta aquí hemos hecho un repaso rápido, sin prestar la debida atención al orden cronológico, de los cambios ocurridos en la economía internacional y las innovaciones tecnológicas e institucionales que los impulsaron. Conviene ahora examinar los grandes movimientos de la coyuntura, y comparar lo que estaba ocurriendo en Asia y en Europa.

Los primeros siglos de la Edad Moderna en Europa tienen dos grandes periodos: uno de expansión económica, que arranca desde mediados del siglo XV, tras la gran crisis bajomedieval, y llega hasta la última década del

siglo XVI. Entre esta fecha y 1620-1650 (la cronología varía mucho según las distintas regiones) se inicia el segundo periodo, de crisis —demográfica y económica, pero también con origen en la guerra— que se prolonga en una depresión extendida a la mayor parte de Europa hasta las primeras décadas del siglo XVIII¹.

Sin embargo, dos países escaparán a la depresión por causas que analizaremos más adelante: las Provincias Unidas de los Países Bajos (Holanda para abreviar) y Gran Bretaña. Los datos de población (tabla 4.4), como siempre, nos proporcionan un primer indicador, grosero tal vez pero significativo.

Asia, por su parte, muestra una evolución en cierto modo paralela. Afectada también seriamente por una crisis en el siglo XIV (ligada a la peste negra y techos maltusianos), en los siglos XV y XVI experimenta un fuerte crecimiento, que sin embargo se salda con una crisis que afecta duramente a China; pero de la que Japón y la India, por razones distintas, salen mejor libradas. La comparación de estas evoluciones aparentemente paralelas (aunque distintas en sus causas) ofrece algunas lecciones de interés.

La expansión europea arranca, como siempre en las economías de base agraria, en los campos, como resultado de la recuperación de la crisis bajomedieval. Aunque las fechas varían según las zonas, en la segunda mitad del siglo XV la población volvía a crecer en buena parte de Europa, otra vez por debajo del techo maltusiano, y con ella la producción y el consumo. La crisis, además, había dejado como herencia la abolición de la servidumbre, la forma de trabajo prototípica del feudalismo, en casi toda la Europa occidental, así como un mayor peso político de los estados y las ciudades. En los campos, buena parte de la producción no se obtenía de los dominios feudales, como en la Edad Media, sino de un nuevo tipo de organización que solemos denominar economías campesinas (ver recuadro).

¹ Las fechas, como se ve, no son todo lo precisas que nos gustaría. Por un lado, carecemos de datos económicos fiables para este periodo, lo que hace que ni siquiera los expertos se pongan de acuerdo. Por otro, las economías europeas distaban mucho de estar integradas; incluso dentro de un mismo país se producían notables diferencias de coyuntura de unas regiones a otras (dependiendo de las distintas especializaciones productivas, los efectos directos de las guerras o factores particulares). Por último, se advierte también que las cronologías de la historia económica no coinciden exactamente con la de la historia política.

Tabla 4.4. La población europea y asiática, 1000-1750. (Millones de habitantes).

	1000	1300	1400	1500	1550	1600	1650	1700	1750
Inglaterra	1,7	5,2	2,1	2,3	3,0	4,1	5,2	5,1	5,8
Reino Unido e Irlanda	2,0	6,5	3,1	3,9	4,8	6,1	7,5	8,0	10,2
Bélgica	0,4	1,2	0,8	1,2	1,6	1,3	1,5	2,0	2,5
Holanda	0,3	0,8	0,6	0,9	1,2	1,5	1,9	1,9	1,9
Alemania	3,5	12,0	6,5	12,0	14,0	16,2	9,5	14,1	17,5
Francia	6,0	16,0	11,0	16,4	19,0	20,0	22,0	21,5	24,6
Italia	5,2	12,5	8,0	9,0	11,5	13,3	11,5	13,5	15,5
España	3,5	5,1	3,8	5,5	6,0	6,8	6,0	7,7	9,4
Portugal	0,6	1,2	0,9	1,0	1,4	1,5	1,5	2,0	2,4
Europa sin Rusia	30,9	70,0	52,0	68,4	81,1	90,5	85,7	97,4	116,2
Europa hasta Urales	34,9	79,0	61,0	80,4	94,1	105,5	102,7	117,4	142,2
China	59,0	100,0	72,0	103,0		160,0		138,0	
India	75,0	91,0	97,0	110,0		135,0		165,0	
Japón	7,5	10,5	12,7	15,4		18,5		27,0	
Mundo	268,3	360,0	350,0	438,4		556,2		603,5	

Fuente: J. A. Sebastián Amarilla (2005): «La Edad Media (c.1000-c.1450). Configuración y primer despegue de la economía europea», en Comín, Hernández y Llopis eds. (2005:17) .

Economía campesina

Importa aclarar el concepto de economía campesina (formulado por A. Chayanov), que no es sinónimo de economía agraria, sino un tipo específico de ésta. Sus características:

- La familia campesina es la unidad básica de producción, reproducción y consumo.
- La explotación campesina: tierras en propiedad o arrendadas —en variadísimas modalidades de cesión— son casi siempre trabajadas solo por la propia familia y por tanto son de extensión limitada.
- Estas explotaciones y familias generan el grueso del producto agrario.
- Su objetivo prioritario es garantizar la subsistencia. Eso no significa que se orienten exclusivamente hacia el autoconsumo; existen contactos con el mercado pero no siempre bastan para condicionar los comportamientos y decisiones económicos.
- Muchas tienen un fuerte componente comunitario: tierras de uso común (pastos y bosques comunales sobre todo), que sirven para alimentar el ganado y obtener recursos alimentarios complementarios, leña o tierras cultivables cuando la población crece y forman un colchón de seguridad en las épocas de crisis. También hay normas comunitarias, en el marco de la aldea, que rigen las tareas agrarias —cuándo y dónde cultivar o recoger, cómo organizar el trabajo para tareas comunes de mantenimiento de caminos o ayuda mutua, cómo aprovechar la leña o la caza de los comunales— e instituciones de autogobierno: consejos, asambleas de vecinos o concejos que dictan y supervisan estas normas y representan a los vecinos ante al señor feudal o el Estado de turno.

A este tipo de organización, mayoritario aunque no único en la Europa moderna, es al que aludiremos en adelante al hablar de explotaciones, familias o comunidades campesinas.

Basado en P. Malanima (1995:126-145).

Este es el contexto general de la expansión del siglo XVI. A falta de innovaciones tecnológicas sustanciales, las vías de crecimiento en el mundo rural fueron fundamentalmente dos: un crecimiento extensivo mediante el incremento de los *inputs* de factores de producción (tierra, trabajo, capital) y un crecimiento de tipo smithiano basado en la especialización de dos tipos: introducción de cultivos comercializables y diversificación de actividades, aprovechando las oportunidades que brindaban unos mercados en expansión. Veámoslos:

Crecimiento extensivo. Roturación (rompimiento de tierras incultas para labrarlas) es la palabra clave. Con más población, la extensión de los cultivos fue el principal factor de la expansión. Aunque con ritmos diferentes, afectó a todos los territorios: en Alemania se repoblaron aldeas abandonadas tras la crisis bajomedieval, se sembraron de nuevo terrenos en desuso, y las zonas de pasto alimentaron una cabaña ganadera creciente. En las costas holandesas se drenaron tierras anegadas y se levantaron diques de contención (*dam*) para ganar tierras al mar (*polder*). Los bosques se convirtieron en campos de cultivo; por ejemplo, el bosque de Orleans en Francia pasó de 60 000 hectáreas originales a 20 000 en 1533.

Tabla 4.5. Densidad de población en Europa 1000-1700 (hab/km²).

Años	Italia	Inglaterra + Gales	Francia	España + Portugal	Holanda	Bélgica	Alemania	Escandinavia	Total Europa
1000	23	5	9	8	5	10	8	0	3
1300	17	11	11	7	7	13	10	1	3
1400	41	35	29	11	19	41	34	2	8
1500	27	14	20	8	14	26	18	1	6
1550	30	15	30	11	23	41	34	1	8
1600	38	20	35	12	30	54	39	2	9
1650	44	27	36	14	36	43	45	2	10
1700	38	35	40	13	45	49	27	2	10

Fuentes: Las mismas de tabla 4.1.

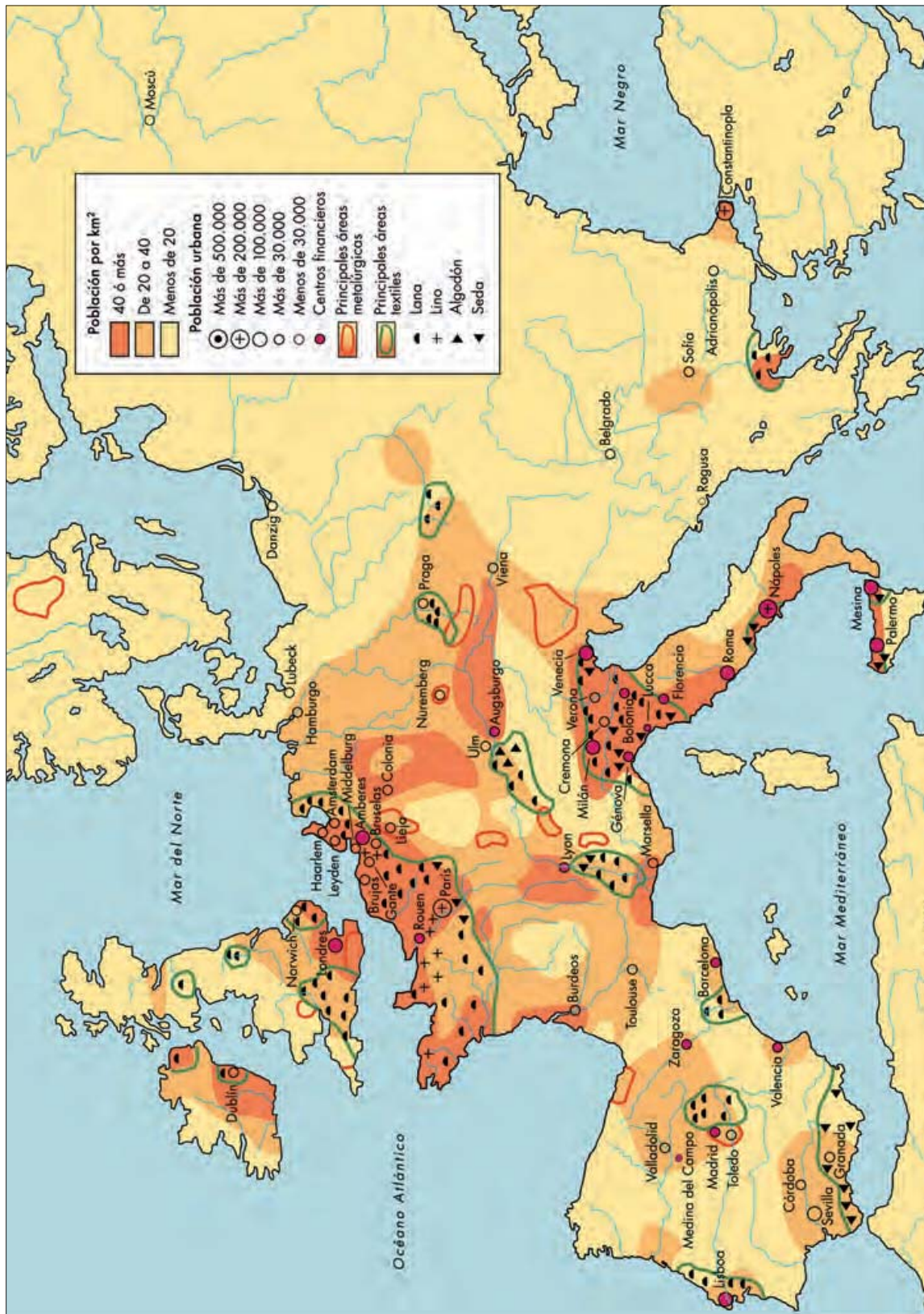
En un primer momento las roturaciones no afectaron a los pastos que sustentaban al ganado. Su importancia en la economía campesina fue considerable porque proporcionaba la fuerza de tiro y el abonado esenciales para la agricultura. Fue el ganado, mucho más que los aperos y que las comparativamente modestas inversiones en mejoras y regadío, el principal factor de capitalización de las explotaciones campesinas. Creció por último la fuerza de trabajo, el factor más importante de todos, lo que se tradujo en aumentos generales de la densidad de población, con casos notables como Bélgica, que en 1600 superaba los 50 habitantes por km². Además, dado que aún se disponía de buenas tierras en abundancia, no sólo no aparecieron los rendimientos decrecientes, sino que éstos incluso crecieron. En Polonia de 3 por 1 (3 granos cosechados por cada uno sembrado) a 5,5; o cerca de 6 por 1 hasta la segunda mitad del siglo XVI en el norte y centro de Italia; 9 por 1 en Inglaterra, e incluso superiores en Flandes.

Tabla 4.6. Rendimientos medios por unidad de simiente (cereales).

Periodo	Inglaterra	Francia	Alemania	Italia
1200-1249	2,9			
1250-1299	4,2	4,3		
1300-1349	3,9	6,3	4,2	
1387				11*
1565-1574				6*
1612	12,9			9,4**
1700				6**

Nota: *Arezzo; ** Florencia. Fuente: C. M. Cipolla (2003:126-128).

La segunda vía de crecimiento fue la *especialización de cultivos* inducida desde los mercados urbanos e internacionales. En realidad, se trata de un claro ejemplo de retroalimentación, pues la división del trabajo exigía avances de los mercados, que a su vez se beneficiaban del avance en la división del trabajo. La difusión del pago de rentas e impuestos en dinero, no en especie, contribuyó al proceso, y la proliferación de mercados locales y ferias fueron a la vez un impulso y un síntoma.



Fuente: G. Barraclough, ed. (1985): *El Mundo. Gran atlas de historia*, Ebrisa, Barcelona, t. IV-V

Mapa 4.4. Comercio e industria en la Europa del siglo XVI.

Los cultivos especializados eran muy diversos: olivo y viñedo, en la cuenca mediterránea, cebada y el lúpulo para la cerveza más al norte, materias primas textiles (lino y cáñamo, tintes como el pastel y la granza, morera para los gusanos de seda en Italia o Valencia) o cultivos de huerta en las cercanías de las ciudades y arroz en zonas húmedas. La ganadería —ovina sobre todo— se benefició de la demanda de lana. Fue en los Países Bajos donde más se intensificó la agricultura mediante la siembra de forrajeras y leguminosas, así como con la producción de hortalizas y productos lácteos para los mercados urbanos. Mejoraron los rendimientos empleando fertilizantes y combinando distintos cultivos para acortar el barbecho, al tiempo que mantenían la producción de cereal. Los pastos artificiales alimentaban al ganado estabulado.

Por último, el crecimiento rural del siglo XVI se alimentó de la *diversificación de actividades*. Sobre todo de la extensión de la industria rural, especialmente la textil; el sector más importante, puesto que el vestido era, tras la alimentación, la necesidad más básica. El modo de organización dominante era el llamado sistema de trabajo a domicilio (también llamado *verlagssystem* o *putting-out system*), con varias modalidades, que combinaban el trabajo de los artesanos rurales con la actividad empresarial de un comerciante-fabricante, que encargaba o compraba la producción a los artesanos para revenderla.

Otras actividades que crecieron fueron la minería y la metalurgia, los servicios de transporte (arrieros y carreteros) y en zonas costeras, la pesca. Esta se vio impulsada por la mejora de los procesos de conservación (curación, salazón o ahumado), que permitían vender el pescado a mercados del interior. En el norte de Europa fue sobre todo la pesca del arenque, dominada desde fines del XV por los holandeses, gracias al perfeccionamiento del *herring bus*, un buque factoría que permitía embarcar entre 18 y 30 tripulantes, faenar durante semanas en alta mar, y salar el producto en las bodegas para conservarlo hasta llegar a puerto. La flota arenquera holandesa pasó de 250 naves en 1476 a más de 700 en 1560. En el sur de Europa el producto estrella fue el bacalao, que los católicos consumían en los días en que la Iglesia prohibía comer carne. La pesca, además de dar variedad a la dieta, arrastró a otros sectores, como la construcción naval y el comercio, y fomentó la preparación de tripulaciones y la organización empresarial necesarias para la exploración en ultramar. No es casual que las dos carabelas aportadas por Palos a la empresa de Colón tuvieran como origen una sanción impuesta a sus pescadores por faenar en bancos prohibidos.

Fórmulas semejantes surgieron en muchas regiones con resultados parecidos: diversificar la actividad rural e incrementar la renta de los campesinos, lo que se tradujo en el aumento de la población rural no agrícola (tabla 4.7).

De estas tres vías, la fundamental fue la extensiva; pero las otras dos iban a demostrar más potencial de cara al futuro. En todo caso, la expansión de las economías rurales, pese a ir acompañada de crecimiento demográfico, se tradujo aún a fines del siglo XV en mejoras de los niveles de vida. La escasez de mano de obra propició alzas de salarios, tanto rurales como urbanos, que permitieron mejoras de la dieta; esto ha llevado a hablar de «una edad de oro para los jornaleros». En Inglaterra, por ejemplo, aumentó el consumo per cápita de pan de trigo frente a cereales inferiores, y se hizo frecuente el de cerveza y carne, además de incorporar pescado, queso y otros productos. En Suecia o Polonia, algunos trabajadores rurales ingerían hacia 1575 más de 4000 calorías/día, con un consumo de cereales —pan, cerveza—, equiparable al de carne, y una presencia notable de lácteos y pescado. En las regiones mediterráneas el vino reemplazaba a la cerveza, pero la carne era igualmente habitual. Las clases populares europeas no volvieron a disfrutar de una dieta de tal calidad y variedad hasta después de la industrialización.

Sobre este modelo general se dan variaciones. En Europa occidental la fuerza de las comunidades campesinas les permitió conservar buena parte de los excedentes agrarios, de modo que la penetración de los intercambios en las áreas rurales fue general. Aunque no todo el campesinado salió igual beneficiado: frente a una gran mayoría de pequeños campesinos, que seguían viviendo en el límite de la subsistencia y debían emplearse en la industria rural o como jornaleros, surgieron capas de labradores acomodados —*masovers* en Cataluña o labradores en Castilla— que sí lograron retener parte del fruto de la expansión. Aún así muchos de los beneficios eran absorbidos por la nobleza o los diezmos eclesiásticos. En algunos lugares, como Holanda, predominaron medianas propiedades muy capitalizadas y con escaso peso de la nobleza terrateniente. En cambio, en la Europa del Este se amplió la gran propiedad nobiliaria y se reforzó (o incluso se introdujo) la servidumbre, lo que permitió a los terratenientes ofrecer cereales (Polonia, Lituania) o ganado (Hungría) a precios competitivos en los mercados internacionales.

La expansión de las economías rurales avanzó en paralelo a la de las economías urbanas. En sociedades de base agraria, la existencia de grandes ciudades y las tasas de urbanización son un indicador de la productividad

agraria: sólo las agriculturas relativamente productivas podían permitir alimentar a un gran número de gente que no se dedicaba personalmente a producir alimentos. Los campesinos alimentaban y repoblaban las ciudades (al ser mucho mayor allí la mortalidad), y los ciudadanos invertían y comerciaban con los campos (aunque también prestaban y extraían rentas señoriales e impuestos). En última instancia, la variable dependiente era la ciudad, que no podía sobrevivir sin el entorno rural. Pero también era el elemento más dinámico.

Las tasas de urbanización (tabla 4.7) no muestran grandes diferencias entre el siglo XVI y el XVII, pese a ser este último época de contracción. Sí muestran en cambio algunas pautas geográficas interesantes. A finales del siglo XV, las áreas más urbanizadas de Europa eran Holanda y sobre todo el norte de Italia. Sin embargo, en el curso del XVI y sobre todo tras la crisis del XVII, el eje de la Europa urbana se desplazó hacia el norte: Flandes, Inglaterra, norte de Francia.

Tabla 4.7. Distribución de la población en varios países de Europa, 1500-1750 (porcentajes de población en ciudades de más de 5000 habitantes).

	Urbana			Rural					
				no agrícola			agrícola		
	1500	1600	1750	1500	1600	1750	1500	1600	1750
Inglaterra	7,0	9,8	23,0	18,0	21,8	32,0	74,0	68,9	45,0
Holanda	30,0	34,7	36,0	14,0	16,7	22,0	56,0	48,7	42,0
Bélgica	28,0	29,3	22,0	14,0	18,7	26,0	58,0	52,0	51,0
Alemania	8,0	8,5	9,0	18,0	22,0	27,0	73,0	69,5	64,0
Francia	9,0	10,8	13,0	18,0	21,4	26,0	73,0	67,8	61,0
Austria-Hungría	5,0	4,9	7,0	19,0	24,8	32,0	76,0	70,4	61,0
Polonia	6,0	7,6	4,0	19,0	25,0	36,0	75,0	67,4	59,0
Italia	22,0	22,6	23,0	16,0	17,1	19,0	62,0	60,4	59,0
España	19,0	21,3	21,0	16,0	15,7	16,0	65,0	63,0	63,0

Fuente: R. Allen (2000) «Economic structure and agricultural productivity in Europe, 1300-1800», *European Review of Economic History*, 3, 1-25; 8-11.

Entre las funciones económicas urbanas, destacaban dos: su papel como centro manufacturero y como mercado. Toda ciudad moderna era antes que nada mercado: desde plazas de abastos, como la de Rialto que surtía diariamente a los venecianos, mercados tan especializados como la bolsa de Ámsterdam, donde desde 1602 se negociaban acciones, hasta talleres artesanales que eran a la vez tiendas. En este periodo la función comercial cambió notablemente: aumentó el volumen de los intercambios, se ampliaron las áreas geográficas y aparecieron nuevos sectores y formas de organización.

Salvo algunas capitales, la mayoría de las grandes ciudades estaban vinculadas al comercio marítimo. Como la población, la geografía urbana de Europa se adensaba en las costas (mapa 4.4). Aparte de Estambul, la metrópoli del Mediterráneo con más de medio millón de habitantes en el siglo XVI, destacaban una Venecia aún pujante; Sevilla y Lisboa, que protagonizaron la expansión atlántica. Más al norte, Londres, Amberes o Ámsterdam. Y en el Báltico, Hamburgo y Danzig. La primacía a lo largo del XVI fue de Amberes, que se constituyó en nodo central de diversas redes comerciales, que incluían desde la venta de textiles ingleses hasta la metalurgia alemana, pasando por las especias y el azúcar traídos por los portugueses.

Junto a los marítimos, crecieron también los tráficos interiores. Pese a la lentitud y precariedad de los medios de transporte, muchas veces a lomo de asno, mula o caballo, y a los obstáculos naturales, hubo una mejora notable del comercio impulsada por el aumento de la seguridad y el descenso de los costes de transacción. Los tráficos se multiplicaron, desde los omnipresentes buhoneros hasta caravanas organizadas de las grandes compañías. El traslado de inmensos rebaños bovinos para abastecer urbes como Viena, de minerales centroeuropeos para la metalurgia de Lieja, Nuremberg o Cracovia, o la llegada de algodón a Augsburgo o Ulm para fabricar fustanes, fueron sólo algunas muestras de esos flujos. Ferias y mercados se extendieron por Europa acercando productos y potenciando las corrientes de especialización regional. Abundaban, por ejemplo, las ferias ganaderas que reunían a tratantes y criadores de decenas de kilómetros a la redonda: en Inglaterra y Gales las hubo dispersas por varias regiones, especializadas en ovino y caballar, y sobre todo, bovino. Unas pocas ferias internacionales, en zonas estratégicas, traspasaron las fronteras, y reunieron a negociantes especializados en cambios de monedas, libranza de letras de cambio y ajustes de pagos: fueron las ferias de cambios de Lyon, Ginebra,

Piacenza o Medina del Campo, que funcionaban coordinadamente, constituyendo la espina dorsal de las finanzas europeas.

Aunque la figura dominante siguió siendo el mercader individual, a menudo asociado a parientes que eran a veces socios o aprendices, se difundieron las compañías de responsabilidad limitada. La *commenda*, en la que algunos socios capitalistas participaban en los beneficios sin arriesgarse personalmente en la expedición, fue dejando paso a la *compagnia*, más estable aunque de responsabilidad ilimitada y posteriormente a compañías por acciones negociables de responsabilidad limitada, como las inglesas de Moscú (1553) o de Levante (1581). Estas compañías surgieron para explotar concesiones de monopolio en el comercio a larga distancia, y permitieron movilizar capitales en un volumen impensable hasta entonces para financiar expediciones lejanas de navíos de mayor tonelaje.

La otra gran función económica de la ciudad fue la manufacturera. En este ámbito no hubo innovaciones notables en cuanto a formas de organización, producción o tecnología. Pero sí en la especialización regional —con la decadencia de sectores como la pañería flamenca (*old draperies*) y el ascenso de otros— y un crecimiento general de la producción.

Las fuentes del crecimiento, como en la agricultura, tenían más que ver con ganancias derivadas de la especialización y el comercio (crecimiento smithiano) que con la innovación (crecimiento schumpeteriano). No se incorporaron masivamente nuevas fuentes de energía, pues sólo en Holanda cobró algún peso la turba (para elaborar cerveza o materiales de construcción), y el carbón fósil era aún más raro. La innovación tecnológica fue escasa, con las importantes excepciones de la construcción naval, las armas de fuego, la relojería y la imprenta. Es cierto que sus repercusiones no se reducen al valor de lo producido; no es fácil valorar, por ejemplo, las repercusiones económicas de la imprenta de tipos móviles.

Tampoco hubo innovaciones organizativas. Aunque existían grandes instalaciones industriales, auténticas fábricas muy capitalizadas y con gran número de trabajadores en la minería, la metalurgia (en especial los arsenales) y los astilleros, la familia y el gremio, íntimamente ligadas, seguían siendo las bases de la manufactura urbana. La familia era el ámbito habitual de trabajo, aprendizaje y transmisión de los talleres. Los gremios conocieron en este período su edad de oro, y en muchas zonas mantuvieron su predominio hasta el siglo XVIII.

Tampoco existieron innovaciones sustanciales en los bienes fabricados. La elaboración de alimentos y los artículos de vestido y calzado seguían dominando la manufactura (tabla 4.8). La industria cervecera floreció en el norte y centro de Europa, con auténticas fábricas en Bélgica y el norte de Alemania. La importancia de la construcción se pone de manifiesto en el elevado número de albañiles, peones, canteros o carpinteros de obra que poblaron las ciudades. Aunque fue una actividad eminentemente urbana, que movilizaba cuantiosos capitales y de la cual dependía la imagen de la ciudad, no es aún suficientemente conocida. Por último, herramientas y menaje se fabricaban empleando materiales (plomo, madera, hierro, arcilla) conocidos desde la Antigüedad, aunque los metales iban desplazando progresivamente al resto.

Tabla 4.8. Distribución de oficios artesanales en Dijon y Frankfurt en el siglo XVI (porcentajes).

Oficios	Dijon (Francia) 1556 910 hombres + 40 mujeres	Frankfurt (Alemania) 1587 1247 hombres
Alimentación y bebida	16,2	10,7
Paños bastos	11,8	4,7
Paños de lujo	1,4	19,2
Confección	12,7	8,0
Cuero y pieles	15,1	10,7
Libros, arte y bienes suntuarios	4,7	12,6
Metalurgia y armamento	10,0	6,4
Construcción	15,3	11,1
Madera	8,9	12,2
Otros oficios	3,9	4,4

Fuente: C. Friedrichs (1995:150). *The Early Modern City 1450-1750 (A history of urban society in Europe)*, Londres, Logman.

En cuanto a la distribución geográfica, las zonas textiles tradicionales de Flandes y el norte de Italia (Florencia o Venecia) mantuvieron su preemi-

nencia durante buena parte del siglo XVI (mapa 4.4). A ellas se agregaron centros fabriles de Castilla o las Provincias Unidas de Holanda. El cambio más importante vino de la difusión de los nuevos paños (*new draperies*) flamencos, variedades de lana de calidad inferior pero baratas, para consumo popular. Se fabricaban en núcleos como Lille, que multiplicó por diez su producción de tejidos entre 1530 y 1550, o Hondschoote, que en 1560 producía más de cien mil piezas. La crisis política en los Países Bajos forzó la emigración de tejedores hacia otras regiones, donde contribuyeron a difundir los nuevos paños. No obstante, las transformaciones no eran lineales. Desde fines del siglo XVI la nueva pañería atravesó diversas dificultades y algunos de los centros decayeron mientras otros volvieron a especializarse en paños finos. Así ocurrió en Leiden, que recobró en el segundo cuarto del siglo XVII su condición de gran núcleo textil gracias a los *lakens*, paños finos de lana merina.

La metalurgia floreció en distintos centros europeos, asociada al crecimiento de la extracción minera. Lieja se especializó en la fundición y elaboración de utillaje de hierro. Nuremberg contó con diversos gremios especializados en objetos de hierro y cobre, y también importantes arsenales. A fines del siglo XVI el agotamiento de muchos filones y la caída de la demanda llevaron al estancamiento a muchas de estas industrias. El relevo lo tomó Suecia, cuyas ricas minas de hierro y cobre (Falun) la convirtieron en primer exportador europeo.

A falta de grandes innovaciones tecnológicas, el auge de las manufacturas urbanas debe explicarse por el crecimiento de la demanda, en parte debido a los tráficos fuera de Europa pero fundamentalmente por el aumento general de la población y la renta, el descenso de los costes de transacción y las economías de escala al incrementarse la producción. Hablamos de nuevo de un crecimiento de tipo smithiano. De ahí que la manufactura fuera la primera víctima del descenso de la renta por habitante perceptible ya en las últimas décadas del siglo XVI. El círculo virtuoso que había encadenado el aumento de la productividad agraria con un crecimiento más que proporcional de la demanda de servicios y manufacturas, se convirtió a raíz de la crisis en un círculo vicioso que llevó la ruina a muchos núcleos industriales.

A falta de investigaciones detalladas, sabemos mucho menos de la historia económica en Asia que en Europa. Asia seguía dominada en la Edad

Moderna por cinco imperios territoriales: el Imperio otomano en Oriente Próximo, el Imperio safávida en Irán, el mogol en la India (todos con dinastías islámicas), el ruso en el noroeste, y finalmente el Imperio Ming (1368-1644) en China. Los más importantes en población y pujanza económica fueron los imperios chino e indio (más propiamente llamado mogol), aunque por su presencia en el Mediterráneo destacan los otomanos.

La India mogol, unificada aunque sometida a continuas guerras, alcanzó la cumbre de su poder en el reinado de Aurangzeb (muerto en 1707). Este imperio contaba con una agricultura muy productiva (con la posibilidad de dos cosechas anuales gracias a los monzones, sistemas de regadío y una amplia explotación de la tierra disponible), unas capas comerciales activas, y una industria pujante. Sin embargo, adolecía de graves problemas de comunicaciones y, en este periodo, de cierto estancamiento tecnológico. Aunque no conocemos bien los procesos, parece que la rigidez de la sociedad de castas con sus desincentivos a la iniciativa individual y el peso de la nobleza mogol (que absorbía cerca del 20% de la renta de la tierra) constituyeron serios obstáculos para su desarrollo. El imperio mogol tenía elevadas tasas de urbanización (cercanas al 10%) y contaba con grandes ciudades que superaban el medio millón de habitantes, como Calcuta y Agra. Pero estas urbes no eran tanto focos de dinamización económica como devoradoras de rentas. En muchos sentidos —nobleza guerrera parasitaria, economía básicamente agraria basada en aldeas autónomas, estructura social rígida, dominio de los gremios en las manufacturas, enormes desigualdades de renta— la India mogol podría describirse como un sistema feudal. El éxito del crecimiento de la población y las ciudades es quizá un indicio engañoso, ya que se movía dentro de la trampa maltusiana (con fuertes crisis tanto en el siglo XIV como en el XVII), sin que mejorara la productividad general ni el dinamismo económico.

Hacia 1400, la China Ming se hallaba en una inmejorable situación para emprender una expansión mundial. La superioridad técnica, económica y demográfica del imperio, con cerca de 100 millones de habitantes, se reflejaba en la variedad de los intercambios en el mar de la China, y en el establecimiento de colonias comerciales en diferentes puntos del sudeste asiático. Las expediciones chinas hacia el Índico, como las del almirante Zheng He, contaban con flotas muy superiores, en navíos y tripulación, a las de los navegantes ibéricos de fines del siglo XV. Sin embargo, desde la década de 1430 se produjo un giro radical de la política imperial, que se orientó